



Itatines y Guarayos (Oriente boliviano, siglos XVI–XVIII)

Isabelle Combès

Abstract. – The colonial history of the present-day Guarayos is relatively little known. The article proposes a possible way of reconstructing it by linking it with the history of the Itatin Indians of the eastern bank of the Paraguay River, while insisting on the diverse Guaraní legacies that formed modern Guarayo society. During the 18th century, the last migrations of the Itatin to the Chiriguanía region are as well the last episode in a shared history of the ethnic groups of both banks of Paraguay River. [*Paraguay, Guarayos, Itatines, Kaiowá, Jesuits, bandeirantes*]

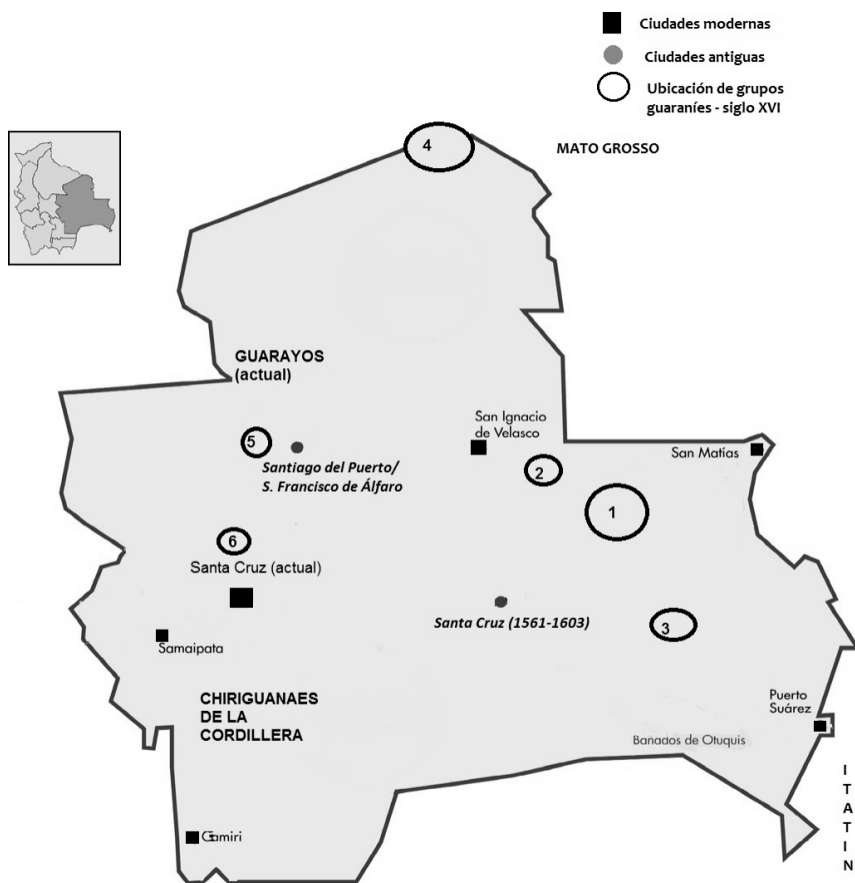
Isabelle Combès, Doctoea en Antropología por la Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales (París); investigadora asociada con el Instituto Francés de Estudios Andinos (Paris); investigadora asociada con este Instituto Francés de Estudios Andinos (UMIFRE 17 MAEDI / CNRS USR 3337 – América Latina). – Actualmente se dedica a la etnohistoria del Gran Chaco y del oriente boliviano. – Principales publicaciones: “La tragédie cannibale chez les anciens Tupi-Guaraní” (Paris 1992); “Etno-historias del Isoso. Chané y chiriguano en el Chaco boliviano (siglos XVI a XX)” (La Paz 2005); – Véase también Bibliografía.

Los españoles de Asunción del Paraguay iniciaron sus exploraciones hacia el occidente el mismo año de fundación de la ciudad, con la malograda expedición de Juan de Ayolas en 1537. Siguió luego sus pasos Domingo Martínez de Irala, remontando el río Paraguay en 1542–43; Álvaro Núñez Cabeza de Vaca con el mismo recorrido en 1544–45; Martínez de Irala de nuevo, en 1548, alcanzando las riberas del río Guapay en el actual oriente boliviano; y, finalmente, Ñuflo de Chaves en 1557, quien llegó al mismo punto y fundó en 1561 la primera ciudad de Santa Cruz en la actual Chiquitania boliviana, a medio camino entre los últimos estribos andinos al oeste y el Pantanal al este.

Los expedicionarios españoles partían movidos por el espejismo de una “tierra rica” situada “tierra adentro”, en algún punto entre el norte y el noroeste de Asunción. Querían seguir las huellas de su predecesor, el portugués Alejo García, quien había partido desde la costa de Santa Catalina en los años 1530, encontrando muchas riquezas en el oeste antes de ser matado por los indígenas a su regreso.¹ Los alentaban, sobre todo, las numerosas noticias recogidas desde el mismo río de La Plata y lo que contaban los mismos indígenas del río Paraguay sobre los “candires” y “carcaraes”, dueños occidentales del metal. Los indígenas hacían más que contar fábulas: mostraban objetos de metal conseguidos por trueque o robo, y hablaban de sus propios viajes hacia el oeste antes que lleguen los españoles. Así, las expediciones de los conquistadores fueron guiadas por indígenas, y siguieron en no pocos casos sus propias rutas. La misma ciudad de Santa Cruz fue fundada como una etapa en el camino a la fabulosa “tierra rica”: “los que poblaron la ciudad de Santa Cruz no tuvieron por principal objeto el hacer allí asiento sino que aquella ciudad con las demás fuesen escala para el descubrimiento que pretendían” (*Anua* 1596 1965: 92).

Esta ciudad estaba ubicada “en frontera de dos provincias de chiriguanaes” (Suárez de Figueroa 1965 [1586]: 404): “por la parte de levante los chiriguanaes de la provincia de ytatin y por esta de po-

¹ El viaje de Alejo García está tradicionalmente ubicado en los años 1524. Sigo aquí la relectura de esta epopeya hecha por Catherine J. Julien (2005).



Mapa 1: Ubicación aproximativa de los grupos guaraní-hablantes en el siglo XVI. 1 “Provincia de Itatín”, 2 Pitaguarí, Bambaguasu, 3 Entre Santa Cruz y Pantanal, 4 Río Iténez-Guaporé (páresis), 5 Alrededores de Santiago del Puerto / San Francisco de Alfaro, 6 Río Guapay (la ubicación de Santiago del Puerto es aproximada).

niente estos de la cordillera” (AGI Pat. 235 r. 11). Según los testimonios, la “provincia de Itatín” distaba de la ciudad, hacia el norte-noreste, entre 24 a 30 leguas, incluso más: 30 leguas según Saavedra y Francisco de Mendoza en 1571;² 40 leguas según Porres (1906 [1582]: 84); 24 leguas al este según el padre Martínez, o de 30 a 60 leguas según Samaniego en 1600 (*Crónica anónima* 1944 [c. 1600]: 505, 480 s.).

En esta época, y para los cruceños como en menor medida para los asuncenos, “chiriguanaes” es un sinónimo de “guaraní-hablante” (Combès 2010: 129). Los habitantes de esta “provincia” particular son llamados en las fuentes “chiriguanaes”, “chiriguanaes itatines” o bien, y más generalmente, “itatines”. Otro nombre registrado en el siglo XVI, aunque poco frecuente, es el de “guarayú”.

El nombre dado a los “itatines” proviene de un topónimo que designaba un puerto sobre el margen oriental del río Paraguay, al norte de la confluencia con el río Apá. Esta región pertenece hoy a Brasil (Mato Grosso do Sul), aunque su historia colonial la

relaciona más bien con Paraguay. En todo caso, está unánimemente indicada como el lugar de origen de los itatines de Santa Cruz, que habrían salido de él junto con el conquistador Nuflo de Chaves en 1564: “llegados estos indios 30 leguas de Santa Cruz, hicieron asiento en un término de tierra que les pareció conveniente, llamándola Itatin por el nombre de la provincia de donde salieron” (Díaz de Guzmán 1835 [1612]: 133).

Los descendientes de estos itatines – que llamaré de aquí en adelante “de Santa Cruz”, para evitar confusiones con los del margen oriental del Paraguay – son hoy, en Bolivia, los gwarayú o guarayos, que viven en la provincia homónima del departamento de Santa Cruz (mapa 1). En Brasil y Paraguay respectivamente, los kaiowá y los paĩ-tavyterã son considerados descendientes de los itatines del margen oriental del Paraguay, y ambos grupos se consideran como parientes (Melià et al. 2008; Chamorro 2015). En cambio, no reconocen parentesco con los guarayos de Bolivia.

Al retrazar la historia de los paĩ-tavyterã, Melià, Grünberg y Grünberg distinguen tres épocas, que se corresponden con tres nombres diferentes aplicados a este grupo: itatín, caaguá, y paĩ-tavyterã (2008: 13).

² *Relación verdadera* (2008 [1571]: 212); *Información de los chiriguanaes* (2008 [1571]: 227).

De la misma manera, en lo que concierne a los kaio-wá de Mato Grosso do Sul, podrían distinguirse otros tres periodos: itatín, caaguá y kaio-wá³; o bien, para los guarayos, el periodo itatín-chiriguanaes y luego el guarayo. En todo caso, el estrato “itatín” es común a los tres; es muestra de una antigua historia compartida por los grupos actuales: una historia que no sólo se remonta a los tiempos prehispánicos, cuando sus antepasados moraban todos en la región del puerto de Itatín a orillas del Paraguay, sino que se prolonga, como veremos, hasta el siglo XVIII. Es esta historia la que pretendo reconstruir en estas páginas, a partir del estudio de los itatines migrantes que acabaron estableciéndose en Santa Cruz. De hecho, la historia colonial de los actuales guarayos es muy poco conocida, y los estudios se multiplican solamente a partir de 1790, cuando se “redescubren” los guarayos que luego son reducidos en las misiones franciscanas.

1 Los nombres

El nombre del puerto del río Paraguay, Itatín o Itatí, podría significar en guaraní “piedra blanca”,⁴ o bien ser interpretado como *itaati*, “que quiere decir ‘piedras con puntas’, por los muchos pedregales que hay en ella” (Ferrer 1952 [1633]: 30). En los primeros documentos relativos a Asunción del Paraguay se trata solamente de un topónimo, y los guaraníes asentados en la región son llamados más generalmente “cario” por los españoles: ése era el nombre de (o dado a) los guaraníes de los alrededores de Asunción, que fue utilizado como sinónimo de “guaraní-hablantes” en las primeras décadas de vida de la ciudad española (Combès 2010: 30). Una única excepción es una carta dirigida por Domingo Martínez de Irala al Rey, en 1553, que evoca a “los amigos Itatín” (Irala 1877 [1555]: 577). Sin embargo, el uso generalizado de “itatín” como etnónimo para designar a este grupo es más tardío, y data del inicio de las misiones jesuíticas en la región a partir del siglo XVII. Por el contrario, los itatines que migraron hacia la actual Bolivia fueron llamados “itatines” desde un inicio por los pobladores de la primera ciudad de Santa Cruz, y también “chiriguanaes”; sólo a partir del siglo XVIII este nombre de probable origen andino pasaría a designar, bajo

la forma castellanizada de “chiriguano”, exclusivamente a los guaraní-hablantes establecidos en los últimos estribos andinos, en la actual Bolivia (Combès 2010: 129–135).

El otro nombre que aparece en los documentos quinientistas, pero exclusivamente para ciertos grupos “itatines” de Santa Cruz, es el de “guarayú”. En 1586, el gobernador de Santa Cruz hace de este término un sinónimo de “guaraní” y lo traduce como “gente de guerra” (Suárez de Figueroa 1965 [1586]: 404). La misma interpretación dio mucho tiempo después el viajero francés Alcide d’Orbigny: “guarayo, como guaraní ... quiere decir guerrero” (2002 [1833]/III: 1345 n. 12). Sin embargo, propuso más tarde otra etimología: “el nombre de Guarayos ... viene de *guara*, tribu, y de *yú*, amarillo (tribu amarilla)” (1839: 338 n. 1).

Esta etimología es la que prevalece hoy entre los mismos guarayos (Nostas 2007: 12). Sea cual fuese la verdadera significación de este nombre, es interesante notar que varios de los itatines del margen oriental del Paraguay, encomendados a fines del siglo XVI por los asuncenos, tenían nombres que llevaban el sufijo *yu*: Yarayayu, Chetiguatuyu, Guachumyu, Antitanyu, etc.⁵. Esta partícula, “en la lengua religiosa tiene el significado de áureo y eterno, como aparece todavía en los nombres religiosos de los paí [paí-tavyterā]” (Melià et al. 2008: 19).

Sin embargo, al igual que “cario” y “chiriguanaes”, el nombre “guarayo” también tuvo y sigue teniendo un valor genérico. Pudo ser utilizado, primero, como otro sinónimo de “guaraní-hablantes”: de hecho cuando un documento jesuita habla de “pueblos de guarayos o guaraníes” en el Chaco,⁶ sólo puede tratarse de grupos chiriguanos *stricto sensu* (del piedemonte andino) o de tapietes, y no de los guarayos de Santa Cruz; de la misma manera, cuando el padre José del Castillo señala a “guarayos” por el río Yapacani, en cercanías de los indígenas yuracarés (1906 [1676]: 296), lo más probable es que se refiera a grupos yuquí o sirionó, efectivamente guaraní-hablantes. Pero “guarayo” también fue un nombre aplicado como etnónimo a diversos grupos en las tierras bajas de Bolivia. En 1956, Gunnar Mendoza identificó cuatro conjuntos así llamados: los chapacuras en el Beni (cuya misión se llamó “Carmen de Guarayos”); los pausernas de lengua guaraní, en la frontera Bolivia-Brasil, hoy casi extintos; los “huarayos” del Beni y Madre de Dios, que son grupos por lo general tacana-hablantes; y

3 “Kaio-wá” es hoy el nombre adoptado por este grupo guaraní en Mato Grosso do Sul, aunque provenga de *caaguá*, que significa literalmente “los que viven en el monte”, y era una designación genérica en los siglos pasados.

4 Es la traducción dada en 1565 por el obispo de Asunción, Francisco Ortiz de Vergara RAH 1565: 212–218) y, mucho más tarde, por Sánchez Labrador (1910 [c. 1770]/I: 43).

5 Encomiendas de indios practicadas por Juan Ramírez de Velasco, 1596–1597 (en Cortesão 1952: 9–11).

6 Adiciones a las expediciones anuas de las misiones de los chiquitos, 1718, en Matienzo et al. (2011: 131).

los guarayos que acá nos interesan. En el Beni y el Madre de Dios, “huarayo” parece haber sido un sinónimo de “salvaje” para los indígenas de habla tacana y, en 1894, un autor indicaba que “Guarayo significa asesino en lengua tacana o arañona”.⁷ Otro autor explica: “los Araonas dicen que la frase *hacer guarayo*, es equivalente al verbo matar. De cualquier manera, el nombre de Guarayos no es el propio de aquellas tribus”.⁸

Es probable también que “guarañoca”, nombre dado a algunos grupos zamucos del Chaco en el siglo XIX, sea una deformación del término “guarayo” (en el sentido genérico de “salvaje”) con la agregación del sufijo plural – *ca* del chiquitano (Combès 2009: 94). Hoy, en la ciudad de Santa Cruz, los ayoreos que suelen deambular por el centro urbano son a menudo llamados “guarayos” por los criollos; también son llamados “guarayos” los guaraní-hablantes del Chaco paraguayo, establecidos en la región desde la guerra del Chaco.

De esta forma, la mayor cautela está de rigor para poder interpretar adecuadamente las fuentes coloniales: los “chiriguanaes” de los españoles de Asunción o de Santa Cruz la Vieja no son, forzosamente, los “chiriguanos” del piedemonte andino; los “carios” no todos son los moradores guaraníes de Asunción; y los “guarayos” pueden ser, como hemos visto, grupos muy diversos, y no siempre guaraní-hablantes.

2 Migraciones

En 1875, el misionero franciscano de Guarayos, José Cors, escribía (2008 [1875]: 63):

Nada hay de positivo acerca del lugar en que vivieron los guarayos antes de su conquista; pero por las relaciones que ellos hacen, puede deducirse con bastante probabilidad que habitaron en las orillas de una gran laguna, o sea en las juntas o confluencia de algunos ríos del Brasil, que uno y otro puede significar la palabra *Irubicha*, que dicen se llama donde vivieron sus antepasados, fronterizos de los chiquitanos.

Esta nota de Cors se corresponde en parte con la tradición oral contemporánea de los guarayos: “cuando los antepasados se referían a su origen y

procedencia nombraban un lugar denominado *Paragwasu ivi sui* (orilla del mar o agua grande), desde donde vinieron hasta asentarse en Cerro Grande (*Iviti Rusu*) (Nostas 2007: 58 s.).

Cerro Grande es un lugar real, ubicado a unos 40 km de Ascensión de Guarayos. Ahí fue donde se asentaron los antepasados, y desde ahí bajaron para crear los actuales pueblos guarayos de Urubichá, Yaguarú, etc. Se dice que todavía viven antepasados allá, pero no se les puede ver (Nostas 2007: 58 s., 112 ss.). Hoy, algunos guarayos sólo indican Cerro Grande como lugar de origen (Nostas 2007: 59): no evocan una llegada más antigua desde la orilla del mar, o de una gran laguna. Pero la importancia dada al Cerro Grande es igualmente significativa. En efecto, se asemeja a las tradiciones actuales de los kaiowá de Mato Grosso do Sul, y de los paĩtavyterã de Paraguay. Para los kaiowá, el abuelo mítico (personaje también conocido por los guarayos) hizo la tierra, y desde su centro creó a los kaiowá. El centro de la tierra, lugar de origen de los kaiowá y de los paĩtavyterã, es un lugar precisamente ubicado: se sitúa en el departamento paraguayo de Amambai en Paraguay, y se llama Cerro Guasu ... es decir “Cerro Grande”.⁹ Es más que probable que el Cerro Grande de los actuales guarayos de Bolivia constituya una adaptación local del Cerro Guasu de sus parientes orientales.

¿Qué sabemos, realmente, de las migraciones de los antiguos itatines? La nota ya citada de Díaz de Guzmán hace remontar la llegada de los itatines a la región de Santa Cruz al año 1564, cuando Ñufflo de Chaves, desde Santa Cruz de la Sierra, volvió a Asunción para llevar gente a la nueva ciudad. A esta migración en particular debió referirse una mujer guaraya que en 1589 afirmaba que vivía en Paraguay 20 años atrás (*Anua 1589* 1929: 918). Pero tenemos constancia de otras migraciones anteriores hacia la actual Bolivia. Algunas de ellas ocurrieron en tiempos coloniales, y otras antes de la llegada de los europeos.

Las migraciones coloniales son por supuesto mejor conocidas. La primera parece haber sido las de los indígenas que acompañaron, hacia 1530, a Alejo García. En efecto, sabemos con certeza que García pasó por el puerto de Itatín, como lo contó un chane a Domingo de Irala en 1543 (Irala 2008 [1542–43]: 8). Según el testimonio bastante posterior de Ruy Díaz de Guzmán (1835 [1612]: 17), los acompañantes indígenas de García eran más de 2.000. Si bien es presumible que no todos fueran originarios de Itatín, la situación cambia con las expediciones de los asuncenos. Un total de 3.000 o 3.500 guara-

7 Román, 1894, citado por Mendoza (1957: 32). Sin embargo, hay que notar que el diccionario tacana del padre Armentia indica que “guarayo” significa “oso hormiguero” en esta lengua (1902: 60).

8 José Manuel Pando: “Informe que el jefe de la Exploración de los ríos del Norte de Bolivia, eleva al conocimiento del Supremo Gobierno, en cumplimiento del contrato celebrado el 30 de mayo de 1892” (ALP 1891–97: 33).

9 Vietta (2007); Chamorro (2015); Melià et al. (2008).

níes del Paraguay acompañó a Domingo de Irala en 1548,¹⁰ entre 1.000 y 2.500 a Ñuflo de Chaves en 1557,¹¹ y unos 5.000 entre carios de Asunción y guaraníes de Itatín siguieron a Ñuflo de Chaves en 1564.¹² Estas migraciones se hicieron, entonces, primero para guiar y acompañar a los europeos; sin embargo otros grupos parecen haber salido, por el contrario, para huir de la incipiente colonización española en Paraguay: “al tiempo que los españoles conquistaron la provincia del Paraguay, los indios chiriguanaes, por no verse en servidumbre, se encontraron en cuadrillas la tierra adentro por diferentes caminos”.¹³

Tabla 1: Migraciones guaraníes coloniales.

c. 1530	con Alejo García	c. 2.000 personas
1548	con Martínez de Irala	3 a 3.500 personas
1557	con Ñuflo de Chaves	1.000 a 2.500 personas
1564	con Ñuflo de Chaves	5.000 personas (2.000 de Asunción, 3.000 de Itatín)

Los mismos documentos dan cuenta de migraciones más antiguas. El chané que Irala encontró al sur del Pantanal en 1543 era originario de “la tierra adentro” y hablaba en guaraní (Irala 2008 [1542–43]: 7 s.; subrayado mío):

Preguntado que cómo hablaba guarany y dónde conoció al dicho García, dijo que la causa porque hablaba guarany era que en tiempos pasados *antes que García viniese del Brasil* a los dichos guaranis se hizo una gran junta de los dichos guarany en el puerto que llaman de Ytatyn para ir a buscar el metal y que pasando por su tierra de ellos de noche dieron en sus casas y mataron muchos de los suyos y prendieron a sus mujeres e hijos y a ellos y los trajeron al dicho puerto de Ytatyn; y que estando ellos en el dicho puerto por esclavos de los dichos goarany pasó por allí el dicho García con el cual él y otros dos hermanos fueron en busca del dicho metal con los dichos guaranis ... Preguntado que por dónde entró el dicho García, dijo que por más arriba del dicho puerto de Ytatyn más abajo de los guaxarapos.

10 Schmidel (2008 [1567]: 104) habla de 3.000 guaraníes; Díaz de Guzmán (1835 [1612]: 80) de 3.500; Calvete de Estrella (1963 [1571]: 50) de 3.000 guaraníes o “cheriones”.

11 Fueron 1.500 guaraníes según Díaz de Guzmán (1835 [1612]: 114). Otro documento habla de 2.500, de los cuales 1.500 habrían vuelto luego al Paraguay después de una pelea contra los indígenas chiquitos (*Resolución de los casos* 2008 [1561]: 109).

12 Díaz de Guzmán habla de 2.000 carios de Asunción, a los cuales se agregaron 3.000 guaraníes de Itatín (1835 [1612]: 133).

13 Testimonio de Francisco Sánchez Gregorio (en *Consultas* 2011 [1636]: 278).

Esta “gran junta” prehispánica reunió a diversos grupos guaraní-hablantes al mando de los caciques (principales) Ytapua (quien convocó la junta), Pitaguari, Bambaguasu, Yacurananga, Yaguarubay, Taybaçunca, Moqueringuasú, pero también a otros grupos como los xarayes del Pantanal, de habla arawak (*Relación general* 2008 [1560]: 59 s.). Muchos de ellos regresaron luego a sus lugares de origen, pero otros se quedaron “tierra adentro” en la actual Chiquitania boliviana, al oeste de los xarayes y al noreste de la futura ciudad de Santa Cruz. Fue en particular el caso de la gente de los caciques Pitaguari y Bambaguasu que ya vivían en esa región cuando fueron encontrados por Chaves en 1558.

Posiblemente a este misma migración se refiere la curiosa “Relación Cierta” del padre Diego Felipe de Alcaya (*Consultas* 2011 [1636]). Esta crónica evoca en efecto un viaje conjunto de 8.000 guaraníes y gente de los xarayes once años antes del viaje de Juan de Ayolas, vale decir en 1526. De este total, 5.000 se habrían quedado en “los llanos de Grigotá”, es decir por el río Guapay o Grande, donde está hoy situada la moderna ciudad de Santa Cruz; serían los antepasados de los chiriguanaes del piedemonte; 2.000 pasaron más al norte hacia la Amazonia, en busca, dice Alcaya, del Inca Manco y su reino del Paititi; y “mil se quedaron en la provincia de Itatín, donde hoy hay más de 8.000, todos bautizados, aunque con la traslación ... de la ciudad de Santa Cruz de la Sierra, han apostado de nuestra santa fe y vuelto a su primer intento de matar y conquistar y comer carne humana” (*Consultas* 2011 [1636]: 242). En esta versión entonces, la “provincia de Itatín” de Santa Cruz ya albergaba a grupos guaraní-hablantes antes que lleguen los españoles de Asunción, y antes que llegasen 3.000 itatines más con Ñuflo de Chaves en 1564.

Sin que podamos fecharlas exactamente, es más que probable que otras migraciones prehispánicas tuvieron lugar. Varios cronistas andinos evocan la llegada de feroces “chiriguanaes” hasta las fronteras del imperio inca, sea bajo el reino del Inca Yupanqui (Garcilaso de la Vega 1990 [1609]: libro VII: cap. XVII), o bien más tarde bajo el reino de Huayna Capac (Sarmiento de Gamboa 1943 [1572]: 59 s.; Cobo 1890–95 [1653]: 181).

No me extenderé aquí sobre los motivos de estas migraciones prehispánicas. Lo que sobresale de las crónicas españolas es, primero, la sed de metales (oro, plata) de los guaraníes y sus acólitos como los xarayes, metales que conseguían con seguridad de los puestos y minas incaicos fronterizos como Samaipata y Saypurú en el piedemonte andino y tal vez más allá en los valles andinos. A este motivo agregué recientemente otro, la búsqueda por par-

te de grupos guaraníes del lugar donde, según el mito, se refugió el héroe civilizador Pai Sumé, lugar buscado por los españoles bajo el nombre de Paititi (Combès 2011a). Esta hipótesis encuentra en todo caso respaldo en los mitos y en la tradición oral de los guarayos contemporáneos, pues su Tamoi (Abuelo) mítico se fue, dicen, hacia el oeste (Cors 2008 [1875]: 42) y “manifiestan también que *la migración era un movimiento que tenía como objetivo ir primero al encuentro del Tamoi*” (Nostas 2007: 62; subrayado mío).

Concluiré este acápite con un último punto. Si bien el puerto de Itatín es el mejor conocido de los puntos de origen de las migraciones guaraníes hacia la actual Bolivia, nada indica que sea el único, ni que este puerto mismo no haya constituido una escala para migraciones provenientes de más allá. De hecho, en 1986, el lingüista alemán Wolf Dietrich sugirió un posible origen de las migraciones en la costa de Santa Catalina en Brasil (1986: 194), hipótesis que retomé recientemente a propósito de Pai Sumé (Combès 2011b). Más interesante para nosotros es que, en otro trabajo (1990), el mismo Dietrich afirmó encontrar una alta tasa de proximidad entre el idioma guarayo y el tupinambá. Esto no puede sino hacernos recordar lo que apuntaba en 1633 el padre Diego Ferrer a propósito de los itatines del margen oriental del Paraguay: “en la lengua tienen alguna diferencia con los demás guaranis, aunque poca, acercándose algo al lenguaje tupi, de suerte que algunos dicen que no son verdaderos guaranis ni tupis tampoco, sino que es una nación intermedia entre los guaranis y tupis que llaman temiminos” (Ferrer 1952 [1633]: 30). Los temiminos eran, de hecho, un grupo tupí de la costa atlántica, en los alrededores de Santa Catalina.

Lo importante para nosotros es lo siguiente: “los itatines” de Santa Cruz, así nombrados por los que llegaron junto con los españoles desde el río Paraguay, no eran los únicos guaraní-hablantes de la región cruceña. Otros llegaron antes que ellos, sin que sepamos siempre exactamente de dónde; carios de Asunción también viajaron junto con los itatines en 1564, y engrosaron el grupo llamado “chiriguanaes itatines” en la gobernación cruceña. Todos ellos eran distinguidos de los otros chiriguanaes que se establecieron en el piedemonte. Esta diversidad es importante a la hora de pensar a los guarayos como los descendientes de los únicos itatines, aun si, como lo veremos, nuevos aportes provenientes del Itatín oriental reforzaron el grupo en el siglo XVII.

3 El mosaico “chiriguana-itatín”

Los guaraní-hablantes eran bastante numerosos en los alrededores de la primera ciudad de Santa Cruz. Su lengua fue una de las más generales de la zona, y los misioneros tenían que aprenderla para poder evangelizar a los indígenas (Anua 1589 1929: 931). Sin embargo, parecen haber sido más numerosos en los alrededores que en la ciudad misma: en efecto, el padrón de encomiendas realizado en 1561 no arroja demasiados nombres identificables como guaraní (Combès 2010: 42). En 1589, un documento jesuita califica a los itatines de “pueblo vecino” a Santa Cruz, y no confunde su descripción con la de los “naturales” que vivían en la ciudad o sus cercanías (Anua 1589 1929: 917).

Suárez de Figueroa hablaba de 2.000 personas en la provincia de Itatín (1965 [1586]: 404). Poco antes, en 1578, el padre mercedario Diego de Porres había recorrido la zona; en sus informes aparece un total de 1.122 itatines bautizados, repartidos en ocho aldeas (Tabla 2).

Dos de los pueblos visitados por Porres están divididos en “barrios” o “parcialidades”: Tabaguazú y María Magdalena, cuyo nombre indígena ignoramos. Existen en María Magdalena dos barrios, al mando de dos caciques. En Tabaguazú se indica la existencia de cuatro parcialidades: la primera no está caracterizada, pero sí incluye a hijos de Diego Tabaguazú, como la segunda, cuyos miembros “son de Diego Tabaguazú”; las otras dos parcialidades corresponden con otros dos caciques, Matía y Domingo. Esta organización social recuerda a la de los itatines del margen oriental del Paraguay: en efecto, en 1597 fueron encomendados en “la comarca de Itati dos principales cada uno con su casa, el uno que se llama Tacayrui y el otro Caraya con todos los caciques e indios a ellos sujetos y pertenecientes” (Cortésão 1952: 10s.). Esto significa que, muy probablemente, varios de los miembros de cada “barrio” no eran itatines, sino cautivos de guerra como por ejemplo los chanés encontrados por Irala, o los ñu-guaras de la región de Itatín, cautivos “guaranizados” según Susnik (1975: 96).

Las aldeas itatines visitadas por Porres parecen menores que las que existían en la otra banda del Paraguay, que tenían entre 100 y 200 familias (Ferrer 1952 [1633]: 31). Estaban ubicadas cerca las unas de las otras, pues Porres logró visitarlas a todas en sólo dos semanas. Finalmente, otro indicio dado por el informe de Porres concierne al cacicazgo posiblemente hereditario entre los itatines: en efecto, la aldea de Yaguari es, según el mercedario, “del cacique Amaro Arire y de su hijo Tapura” (Porres 1949 [1578]: 155). En todo caso, y como solía ocurrir en-

Tabla 2: Aldeas itatines visitadas por Diego de Porres, 1578 (Porres 1949 [1578]).

Aldea	Hombres	Mujeres	Total
1. Yruyaora	98	93	191
2. Pichari y Ubao	92	99	191
3. Tabaguazú			
– Parcialidad 1	(22)	(25)	(47)
– Parcialidad 2: “estos indios son de don Diego Tabaguazú, cacique del pueblo”	(6)	(12)	(18)
– Parcialidad 3: “éstos son indios de Domingo, principal”	(47)	(48)	(95)
– Parcialidad 4: “estos indios son de Matía, principal”	(21)	(19)	(40)
Total Tabaguazú	96	104	200
4. Santiago	73	72	145
5. San Juan	22	23	45
6. Santa María Magdalena			
– Parcialidad 1, del cacique Gaspar Miriri	(36)	(27)	(63)
– Parcialidad 2, del cacique Juan Delgado	(42)	(48)	(90)
Total Santa María Magdalena	78	75	153
7. Morua	41	40	81
8. Yaguari	55	61	116
Total	555	567	1.122

Estos cálculos difícilmente pueden ser exactos. En efecto, a veces el mercedario indica que, por ejemplo, Alonso Yrimira está casado con Elena, Ana, Juana y Guaibaro: tenemos seguridad de que se trata de un solo hombre con cuatro esposas. En otros casos, podemos tener a un Juan casado con una Úrsula, y otro (?) Juan marido de una Ana: no siempre es posible establecer si se trata de dos hombres que comparten el nombre de Juan, o del mismo.

tre los chiriguano más sureños, los padres jesuitas distinguen entre los hombres del común de los “de la nobleza” (*Anua* 1592 1970: 229).

No está muy claro si, a estas aldeas conocidas, habría que agregar la de Mitimi en la “provincia de Yubira”, cuyo cacique era Buenteny o Buerteny. Fue en este pueblo que otro cacique itatín, Saquararan, mató a Ñuflo de Chaves en 1568. El nombre de la “provincia” aparece escrito indistintamente como Yubira, o Yribira, o Yrauirá (*Relación de los servicios* 2008 [1588]: 242, 247, 255 s., 265). Podría ser la misma aldea que la de Yruyaora visitada por Porres, pues el nombre es parecido, y dos de los hombres de esta aldea se llamaban Yrimira e Yribira (Porres 1949 [1578]: 139). Otra aldea mencionada, esta vez por Díaz de Guzmán (1835 [1612]: 141)

es la de Anguaguazú, alzada contra los españoles después de la muerte de Ñuflo de Chaves en 1568.

Estos datos conciernen a los itatines de Santa Cruz “en general”. Todo parece mostrar que este nombre, el más utilizado en los documentos del siglo XVI, designó primero a los migrantes itatines que acompañaron a Chaves en 1564 (provenientes del puerto de Itatín), pero que pasó luego a aplicarse a todos los “chiriguanaes” (guaraní-hablantes) de la región, a excepción de los del piedemonte andino más al suroeste. Cuando, en 1636, la *Relación de Alcaya* (en *Consultas* 2011 [1636]), menciona a 8.000 “itatines” en la provincia de Santa Cruz, se refiere probablemente a todo este conjunto: los itatines *stricto sensu* y los demás guaraní-hablantes asimilados.

Las fuentes permiten identificar, aun aproximadamente, a estos “otros itatines”, empezando por los guarayos. La *Anua* jesuita de 1589 menciona en efecto que “los guarayú [varai] no son tan supersticiosos [que los itatines]” (1929: 925). Establece entonces, de alguna manera, una diferencia entre itatines y guarayú, aun si, luego, las descripciones son casi iguales. Es así posible que el nombre “guarayú” haya designado, primero, a una sola parcialidad del conjunto itatín, antes de pasar a ser utilizado como un etnónimo más general.

Las fuentes no mencionan ningún lugar de proveniencia para los “otros itatines” identificables: ya estaban todos establecidos en la región cuando llegaron los españoles. Varios parecen haber llegado en el momento de la “gran junta” que se hizo en el puerto de Itatín poco antes del viaje de Alejo García. Es el caso por ejemplo de los bambaguasu y pitaguarí. Pitaguarí es mencionado entre los “principales” que participaron de la expedición prehispánica, y su gente, “los pitaguarí”, fueron encontrados por Chaves al oeste del Pantanal (de los xarayes), cerca de los indios chiquitos, a 45 leguas al norte de Santa Cruz;¹⁴ cerca vivían “los bambaguasu”, también remanentes de la misma expedición. Una cordillera empezaba en el territorio pitaguarí, “y por las faldas de ella daban en un río que se llama Yayba”, muy pantanoso (*Relación general* 2008 [1560]: 60 s.). Los pitaguaris fueron excelentes informantes para los expedicionarios españoles, los que “más clara relación” dieron de “la tierra rica” (*Relación verdadera* 2008 [1571]: 216). Poco más tarde, “el Pirita-guarí” es descrito como una región donde viven grupos guaraní-hablantes que se quedaron en la zona después de las expediciones en busca de las riquezas occidentales (*Consultas* 2011 [1636]: 251).

En 1543, Domingo de Irala encontró también una aldea “guarany” en Puerto de los Reyes al sur del Pantanal, al mando de principal Yandarupia o Capiaty. Menciona que otros “de su generación” vivían más al interior de las tierras hacia el occidente e iban a veces a buscar metal. Los principales de los del interior eran Marotapy, Oayayn, Abalmoctenby, Tabupichi, Matirua y Teme (Irala 2008 [1543]: 9 s.). Esta zona era también la del cerro Tapua o Itapua, donde vivía el principal guaraní del mismo nombre, quien convocó la gran junta en el puerto de Itatín en busca del metal del occidente. Al igual que los de Pitaguarí y Bambaguasu, estos grupos parecen entonces haber llegado a la región poco antes de la

llegada de García en los años 1530; fueron sin duda ellos a quienes encontró entre el río Paraguay y Santa Cruz, en 1564, el obispo de Asunción, viajando con Chaves desde Asunción hasta Santa Cruz (RAH 1565: 212–218).

Al norte del Pantanal, aparecen señalados también otros guaraníes, llamados “de las montañas” (Núñez Cabeza de Vaca 1944 [1555]: cap. LVI, LVII). Eran enemigos de los xarayes, lo cual no era el caso para los anteriormente mencionados: sabemos en efecto que la “gran junta” se hizo conjuntamente con los xarayes y, más aún, que los chiriguanaes de Bambaguasu solían casarse con mujeres xarayes; conocemos también el caso de un guaraní de Itatí (del margen oriental del Paraguay) casado de la misma manera (*Relación general* 2008 [1560]: 59; Núñez Cabeza de Vaca 1944 [1555]: cap. LX). En 1633, Ferrer indica de la misma manera que los “orejones” del sur del Pantanal y los xarayes “son muy amigos” de los guaraníes “porque se casan o viven a su modo con mujeres guaranis y los guaranis se casan con sus mujeres” (1952 [1633]: 47).

Los guaraníes “de las montañas” de Cabeza de Vaca son posiblemente los grupos encontrados a fines del siglo XVI por las expediciones españolas que salieron de Santa Cruz hacia el norte y llegaron hasta los parecis, en los actuales estados brasileños de Rondonia o Mato Grosso (Diego López Roca en *Consultas* 2011 [1636]: 261; subrayado mío):

Llegamos a la provincia de unos indios chiriguanaes, que hablan la lengua que todos los criollos entendemos ...vinieron siete caciques, con más de 100 indios, los cuales llegaron *espantados de ver en nosotros nueva gente y de que les entiésemos su lengua, y de ver los caballos y vacas que llevábamos*.

Por las reacciones de estos chiriguanaes, podemos razonablemente suponer que salieron de Paraguay antes de la llegada de los españoles y sus caballos. Parecen corresponderse con los 2.000 “chiriguanaes” mencionados por Alcaya (en *Consultas* 2011 [1636]), que fueron hacia el norte en busca de Mojos. Siguen siendo mencionados en los siglos posteriores: en 1693, se señalan “guarayos” (dos grupos llamados caraberes y araiibaybas) cerca de los parecis (Burgés 2008 [1703–05]: 120); en 1718, un documento jesuita de las misiones de Chiquitos indica que al norte de San Rafael de Chiquitos, “hay también los pueblos de guarayos ...están en campañas grandes. Junto a éstos están los paricis”.¹⁵ El mismo año, desde San Rafael, se men-

14 *Relación verdadera* (2008 [1571]: 216); *Relación de los servicios* (2008 [1588]: 241). Díaz de Guzmán menciona a otro principal, Ibarapí, menos importante que Pitaguarí (1835 [1612]: 118).

15 Adiciones a las expediciones anuas, 1718, en Matienzo et al. (2011: 132).

ciona que “tirando no mucho hacia el norte están diez casales de guarayos, un pueblo muy numeroso de subarecas [xarayes], confinantes a éstos viven los parisis”.¹⁶

Los testimonios recogidos en 1636 coinciden en afirmar que los chiriguanaes que fueron hacia el norte fueron desbaratados sea por los “maures” (baures), por los mojos, o incluso por los incas refugiados en el Paititi (*Consultas* 2011 [1636]). La relación de Gonzalo Solís Holguín da incluso más precisiones: después de su derrota, estos guaraníes, entre ellos los grupos llamados moperecoçis y tuhucacocis,¹⁷ se habrían dispersado de la siguiente manera: varios se fueron al río Guapay, otros donde los “timbúes”,¹⁸ otros al “Piritaguari” (nuestro Pita-guari), otros más en la región de Chiquitos (en el emplazamiento de la futura ciudad de San Francisco de Alfaro), y finalmente otros más al norte, cerca del río Manatí (Iténez o Guaporé) (*Consultas* 2011 [1636]: 251): estos últimos son, aparentemente, los que encontraron los españoles en 1603.

En cuanto a los que se establecieron en territorio de los indios chiquitos, cerca de la ciudad española de San Francisco de Alfaro, podrían corresponder en parte a los llamados “jores” del mismo lugar, posiblemente guaraní-hablantes (Combès 2010: 177–184). Otra “parcialidad” de habla guaraní en la misma zona era la de los tacuaimbacus.¹⁹

Todos estos grupos guaraní-hablantes fueron llamados “chiriguanaes” por los cruceños, término que va desapareciendo de los documentos en provecho de “itatín” y luego “guarayos”. Es probable que estos nombres traduzcan mezclas y alianzas entre los diferentes grupos guaraní-hablantes. En todo caso, lo que se ve es que “los itatines” sólo fueron un componente más en un conjunto guaraní-hablante mucho más diversificado. Este conjunto puede ser por cierto considerado como el directo antepasado de los actuales guarayos... pero no únicamente: la ubicación de los chiriguanaes vecinos de los paricis y del río Guaporé o Iténez sugiere que estos gru-

pos pudieron dar nacimiento a los actuales pausernas o guarasug’we, cuyo nombre “traducid[o] del idioma gwarayo al castellano significa los gwarayos ‘que dejaron de ser gwarayos’, son así considerados por los actores entrevistados” (Nostas 2006: 64). Otros grupos, particularmente los establecidos por San Francisco de Alfaro, pueden asimismo ser vistos como antepasados de los actuales yuquis y sirionós del oriente boliviano: “los choris [nombre dado a los sirionós, y equivalente del antiguo “jores”] eran, al mismo tiempo que enemigos, considerados como los antepasados ‘del monte’ de los gwarayos” (Nostas 2006: 64).

4 Etnografía de los itatines de Santa Cruz en el siglo XVI

Lo que sabemos de la cultura de los itatines de Santa Cruz en el siglo XVI proviene casi íntegramente de los informes de los jesuitas de la primera ciudad de Santa Cruz.

Sus casas son descritas como la típica *maloca* guaraní, como grandes galpones de 100, 200 o incluso 300 pies de largo, muy anchas, sin divisiones interiores, en las cuales cuelgan las hamacas (*Crónica anónima* 1944 [c. 1600]: 486; *Anua* 1589 1929: 927). Los itatines “ignoran el uso de la ropa”, y sólo las mujeres se visten con corteza o tejido de algodón, al menos cuando están solteras. Una vez casadas, “se preocupan menos de ser cubiertas”. La única ocasión en la cual se visten los itatines, es cuando van a visitar a los españoles (*Anua* 1589 1929: 918).

Sobre las mujeres, no encontré ninguna descripción de tatuajes como los que usaban las mujeres itatines del margen oriental del Paraguay (Ferrer 1952 [1633]: 30). Los padres de Santa Cruz comentan, sobre su situación social:

Las mujeres son las más sometidas de todas a los hombres; cultivan la tierra, cosechan y trasladan la cosecha, cuidan todo quehacer domestico dentro y fuera de su casa; mientras tanto, dentro de la casa los hombres se entregan al ocio (*Anua* 1595 1970: 742).

Las mujeres son para mucho, y ellas entienden de ordinario en la labranza del campo. Pregunté a uno que por qué no sobrellevaban a las mujeres del trabajo, y me respondió: “si mi mujer no trabajara, no pudiera dormir de noche ni comer bocado que bien lo supiera”; y ellas le son muy sujetas, y casi esclavas (*Anua* 1594 1970: 417).

Estos testimonios son, de paso, unos de los pocos que nos indican que los itatines eran agricultores: las demás fuentes no se extienden sobre el tema.

“Más nobles y ricos son, más esposas tienen”, aunque el mismo documento probablemente exage-

16 Sucesos de las misiones de Chiquitos, 1717–1718, en Matienzo et al. (2011: 136).

17 El sufijo *coci*, muy presente en toda la región cruceña en el siglo XVI, parece provenir de la lengua gorgotoqui (Combès 2012): de esta manera, estos nombres son probablemente atribuidos a los grupos chiriguanaes, y no auto-denominaciones.

18 Como bien indica el padre Samaniego en 1595, “timbú” significa “de narices horadadas” en guaraní (*Anua* 1596 1965: 93): se trata así de un nombre genérico, que pudo ser aplicado a cualquier conjunto humano que tenía esta costumbre. En la región que nos interesa, el nombre parece haber sido aplicado en particular a grupos indígenas cercanos a los mojos o incluso “parcialidades” mojeñas.

19 Carta del padre Diego de Samaniego, 16 de mayo de 1593, en *Anua* 1594 (1970: 447).

ra cuando habla de hombres con ocho a diez esposas (*Anua 1589* 1929: 931, 921). Los datos de Pórreres, en 1578, muestran que sólo algunos hombres (los caciques) tienen varias esposas, y un máximo de cuatro. El marido de una mujer es escogido por los padres de ella entre los parientes “de segundo grado” o bastante próximos, cuando la niña tiene apenas más de un año. Regalan al futuro esposo un arco, flechas y un palo de cavar “símbolos nupciales”; si el hombre acepta los regalos, debe irse a trabajar donde los suegros hasta que la novia tenga edad para casarse (*Anua 1589* 1929: 922). Como lo nota Métraux (1929: 922, n. 14), a inicios del siglo XX entre los pausernas, las niñas también eran entregadas como esposa en su más tierna edad.

Durante el embarazo, tanto el esposo como la esposa deben observar restricciones alimenticias, y abstenerse de carne y pescado (*Anua 1589* 1929: 921). Después del nacimiento, los hombres continuaban observando la *couvade*: “el padre descansa algunos días en su cama. En cuanto se levanta, es un rito golpear levemente a un animal”. Si el recién nacido es una niña, su abuela “le ata las piernas con un hilo, no sin ceremonia”, costumbre todavía observada en el siglo XIX por los guarayos (Cors 2008 [1875]: 34; Cardús 1886: 74); si es varón, el abuelo le da un nombre y le regala un arco y flechas (*Anua 1589* 1929: 921).

Disponemos de varias descripciones sobre los ritos funerarios de los itatines de Santa Cruz:

Los muertos son muy llorados ... desnudándose lo poco que traen vestido y dándose golpes en las paredes y postes. Al enterrar tienen abusión que el que toca al muerto o lo acompaña se ha de morir presto, y si no es padre o madre u otra persona muy cercana, no hay quien haga la sepultura ni le traiga a ella, los entierran en sus casas y sus cosas con ellos.^[20]

Los funerales, entre ellos, son los más tristes de todos: desgarrarse las vestimentas es señal del más grande dolor, golpear cruelmente las paredes con la cabeza o a menudo con todo el cuerpo, tocar el cadáver; o cuando llega el momento del sepelio, la mayor parte de ellos cree que con la máxima seguridad pronto habrá de acontecer otra muerte y que los muertos se llevarán alguno de los parientes o de los hijos (*Anua 1595* 1970: 742).

No se menciona el entierro en urnas, practicado por muchos grupos guaraní-hablantes y, en particular, por los itatines del margen oriental del Paraguay (Sánchez Labrador 1910 [c. 1770]/I: 62). La *Anua* de 1589 (1929: 925) indica más bien que los itati-

nes de Santa Cruz (pero no “los guarayús”) enterran sus muertos en arena; en nota, Métraux duda que esta descripción corresponda con los ritos itatines, pues no tiene equivalente entre otros grupos guaraníes (1929: 925, n. 19).

Un rito muy bien atestiguado entre diversos grupos guaraníes (Métraux 1928: 180ss.) es el del saludo fúnebre:

Otro rito es muy particular de esta nación acerca de sus recibimientos con los huéspedes que vienen y los mismos del pueblo cuando llegan de algún camino. Y es que luego que llega a la casa o posada, se sienta o se echa en la hamaca, que es una manta o red colgada en el aire, que les sirve de cama; y todas las mujeres que están allí sin saludarse lo rodean y levantan un llanto él y ellas, y tras ellas luego en las demás casas, que basta a entristecer aun a los más contentos. Y tanto es más general y mayor el llanto cuanto la persona que llega es mayor. Es a modo de endechas bien concertadas, trayendo a la memoria sus hechos y los de sus difuntos, y dura hasta que el que viene cesa, y luego lo proveen de lo necesario.^[21]

Los itatines de Santa Cruz compartían con los del margen oriental del Paraguay un “juego sagrado” (*Anua 1589* 1929: 930) con una pelota “hecha de una resina”: “es gruesa pero liviana, y rebota muy alto después de cualquier choque, más alto que nuestras pelotas. Se lanza esta bola, no con la mano o el pie, sino con la cabeza y, a veces, el codo. Es maravillosa la habilidad de los jugadores que lanzan o reciben la pelota. El ganador recibe un gran premio”.²² Según Métraux, este juego constituiría un préstamo hecho a algún grupo arawak (1929: 930, n. 31).

Entre otros rasgos de los itatines de Santa Cruz, está el uso de las trompetas o bocinas para comunicarse desde lejos:

Estas naciones tienen una costumbre en que hacen ventaja a la nuestra, y no me acuerdo haberla escrito, y es que por sus chiflos, bocinas y trompetas se hablan cuando quieren, y entienden de muy lejos, y otros, que entienden la lengua, no entienden aquel lenguaje si no están muy cursados en él. Estando una vez en Itatín en un pueblo de poca comida, una mañana vinieron muchas indias con cazuelas y platos grandes llenos de harina de raíz de yuca brava, que es el pan de aquella provincia; pregunté al Hermano que qué novedad era aquella de venir tantas juntas, y me respondió: “anoche dije al cacique que teníamos necesidad de harina, y la trompeta que tocaron anoche, me han dicho que decía a todas que la trajesen”^[23]

21 Carta del hermano Juan Sánchez, 28 de noviembre de 1591, en *Anua 1594* (1970: 416); ver también *Anua 1589* (1929: 935) y *Anua 1595* (1970: 742).

22 *Anua 1589* (1929: 930). Este juego fue reportado para los itatines del oriente del río Paraguay por Nicolás del Techo (1897 [1673]: lib. 10, cap. XVI).

23 Carta del padre Diego de Samaniego, 1 de diciembre de 1591, en *Anua 1594* (1970: 417s.).

20 Carta del hermano Juan Sánchez, 28 de noviembre de 1591, en *Anua 1594* (1970: 416s.). Los golpes que se dan los asistentes también son mencionados en la *Anua* de 1589 (1929: 925).

Esta nación tiene la costumbre que entre ellos se llaman desde lugares los más lejanos con conchas de mar y cuernos: con este medio ellos dicen lo que hay que hacer, responden, piden, y por cierto algo dicen aunque sólo puedan entenderlos quiénes conocen su lengua, no los otros (*Anua* 1595 1970: 742).

Otra información, más dudosa porque es aplicada a varios pueblos “en general”, es que los itatines habrían usado el algodón “como moneda” en sus intercambios (*Descripción general del Perú* 1906 [siglo XVII]: 384).

Los itatines tenían para los cruceños la misma fama que los chiriguanaes del piedemonte: eran feroces, soberbios, vengativos, y despreciaban a todos los demás, sin temer siquiera las flechas envenenadas de sus vecinos chiquitos.²⁴ Al igual que los itatines del este del Paraguay que tenían esclavos (como los chanés entrevistados por Irala en 1543), y al igual también que los chiriguanaes sureños, los itatines de Santa Cruz tenían esclavos y/o “tributarios”, entre ellos los llamados “timbus”, probablemente grupos mojeños:

Es pues gente tan soberbia esta chiriguana, que hallando el gobernador don Lorenzo 25 o 30 de ellos en la provincia de los chiquitos, que es de mucha gente y incurable hierba, y diciéndoles que les tenía lástima de verlos entre gente de tanta hierba, que si querían se viniesen cabe Santa Cruz donde estaban sus parientes, por que no los mataban aquellos indios, respondieron: *déjanos aquí, capitán, que nosotros trataremos a estos esclavos de suerte que nos sirvan bien*. Y volviendo segunda vez a los chiquitos a poblar,^[25] estaban entre los tinbus y muchos pueblos los obedecían y servían. Y viniendo algunos caciques tinbus a ver al gobernador, les dijo en mi presencia: *si algunos os quisieren hacer mal, acudid a mí, que yo los castigaré y os defenderé*. Respondieron los caciques: *ninguno os hará mal que estamos cabe los guaraius*: que así llaman por otro nombre a los chiriguanaes. Tal es la estima que ellos tienen de sí, y la que hacen tengan de ellos las otras naciones.^[26]

Los cautivos de guerra podían aparentemente tener dos destinos: el canibalismo ritual, o bien el trabajo entre los vencedores (*Anua* 1589 1929: 926, 931, 933). El dato es importante, si recordamos por ejemplo los datos de Diego de Porres y las parcialidades de cada aldea compuestas por indios “que

son” de tal o cual cacique: esto significa que, en las aldeas itatines, vivían también indígenas de otras naciones y otras lenguas – un dato que ayuda a entender por qué, en toda la región, los misioneros encontraban aldeas donde se hablaban “tres y cuatro diferencias de lenguas tan distinta la una de la otra que no se parecían en nada” (Anello Oliva 1895 [1631]: 15).

Tenemos algunos datos sobre las creencias religiosas de los itatines de Santa Cruz. La *Anua* de 1589 indica que tienen diversas maneras de cortarse el cabello, con conchas afiladas: por delante, por atrás, sólo al lado izquierdo, o al derecho; otros se afeitan la cabeza en corona y dejan crecer sus cabellos atrás (*Anua* 1589 1929: 919). No está explicado si estos diversos cortes corresponden con usos diferentes de cada parcialidad o si, por ejemplo, podrían ser resultado de algunos ritos de paso entre las diferentes edades o muestras de estatus diferentes (jefe, guerrero, etc.). Lo que sí está claro, es que los itatines dicen que estas costumbres vienen de su héroe civilizador, Pai Sumé (Paicumae en la *Anua* latina); entre los tupinambás de la costa atlántica también, se decía que el corte de cabello era una herencia de Pai Sumé, o Maire (Staden 1979 [1557]: cap. 16).

Los mismos tupinambás llamaban Tamoi (Abuelo) a sus héroes civilizadores como Pai Sumé, y no cabe duda de que estamos aquí frente a una mención antigua del Tamoi conocido por los guarayos contemporáneos (Métraux 1929: 920, n. 8). Los itatines muestran las marcas de los pies de “Paicumae” inscritas en la roca, como lo hacían otros grupos guaraníes; “y hablan de un cataclismo que se llevó Paitacurum y Paiamandrem sin que se les haya vuelto a ver” (*Anua* 1589 1929: 920). Como nota Métraux, estos nombres son prácticamente los mismos registrados entre los tupinambás por André Thevet en el siglo XVI: allá, Aricoute y Tamendonare eran los hijos de Sumé, y sufrieron del diluvio universal (Métraux 1929: 920, n. 9). Otros personajes míticos de los itatines eran el “demonio” Thoborococus (*Anua* 1589 1929: 923), y Candire, personaje sobre el cual contaban “no sé qué absurda fábula que remonta al diluvio”:

Algunos días del año, se van al monte y en plena soledad, el espíritu agitado por el delirio y con saltos desordenados, invocan a Candire, con gritos confusos ... avanzan en medio de rocas afiladas, arbustos tupidos y aun en medio de brasas ardientes y víboras de heridas mortales, y eso sin sentir ningún daño (*Anua* 1589 1929: 924).

Este rito parece ser el mismo que describe el padre Samaniego (en *Crónica anónima* 1944 [c. 1600]: 486):

24 *Anua* 1589 (1929: 917 s.); Samaniego en *Crónica anónima* (1944 [c. 1600]: 485).

25 En 1592, cuando se fundó Santiago del Puerto.

26 Samaniego en *Crónica anónima* (1944 [c. 1600]: 485). Ver también *Anua* 1594 (1970: 447 s.). Más tarde se habla incluso de un pueblo de “timbus”, de 3.000 personas, que estaría sujeto a tan sólo 20 “chiriguanaes” (Sánchez Gregorio en *Consultas* 2011 [1636]: 279).

Una cosa ha habido y hay muy notable y muy común en esta nación, que son los indios e indias que ellos llaman *Oianiuay*, que quiere decir “que corren”. Estos, así hombres como mujeres, al principio andan a prisa echando salivas o espumas por sus casas que son galpones de 200 y 300 pies, mayores y menores. Luego van al fuego, andan sobre ascuas y las muerden y comen sin quemarse; tras esto salen a prisa por los montes dando voces, y ninguna víbora ni cosa ponzoñosa les hace mal, aunque las tomen. Esto es muy notorio y común en aquella nación, y me lo han dicho españoles dignos de crédito que lo han visto; y deseándolo yo ver, dije que me avisasen cuando así anduviese alguno sobre ascuas. Una tarde cerca de anocheecer, me avisó un español que una india andaba sobre ellas y las tenía en las manos; fui luego y ya iba fuera de casa a los montes. Otro día en la doctrina, mirándole las palmas, no tenía señal alguna, y todas atestiguaron que no les hacía mal el fuego.

Candir o Candire seguía siendo conocido por los guarayos en el siglo XIX, como uno de los creadores del mundo.²⁷ Este nombre hizo correr mucha tinta, no tanto como dios guarayo o itatín, sino como el nombre local de la “tierra sin mal” que habrían estado buscando los antiguos guaraníes en sus migraciones.²⁸ Esta interpretación es la más común hoy – pero no por eso enteramente correcta.

“Candires” era el nombre dado a uno de los pueblos productores de metal al oeste. Otros eran los caracas, dueños de la plata, que se pueden identificar sin mayores problemas con el pueblo llamado Qaraqara de Charcas, dueño de las mayores minas de plata del imperio inca. De la misma manera, las descripciones quinientistas de “los candires” (dueños de vasijas e instrumentos de música de metal, de llamas, etc.) dejan poco lugar a dudas: se refieren manifiestamente a los incas, y así lo entendió la mayoría de los investigadores.²⁹ Por su ubicación no tan lejana del río Guapay o Grande y el conocimiento de su “pueblo cercado” por parte de la gente de las tierras bajas, los candires probablemente no sean “los incas” en general, sino, más específicamente, los que ocupaban Samaipata y Saypurú en el

piedemonte. De hecho, siguiendo a las intuiciones de Branislava Susnik, propuse recientemente ver en “Candire” el nombre del Inca dueño de las minas de Saypurú: Condori (Combès 2011a, 2011b). Es pues importante notar que “los candires” del siglo XVI eran conocidos y descritos por *todos* los pueblos de las tierras bajas de la región: guaraníes, pero también xarayes y chanés; no se trataba de una “exclusividad” guaraní, y tampoco de un concepto mítico y abstracto; los candires eran gente de carne y hueso, que podían ser matados o robados.

Más tarde en el siglo XVI, dos testimonios se refieren a Candire como a un sinónimo de Mojos o Paititi, la “tierra rica” soñada por los españoles.³⁰ Sobre estas citas descansa la asimilación hecha entre Candire y la tierra (¿“sin mal”?) buscada por los antiguos guaraníes. Se apoya, también, sobre la existencia de la locución *oñemokandire* en los cantos sagrados de los mbyá-guaraníes del oriente paraguayo, que expresaría “el tránsito de la inmortalidad sin sufrir la prueba de la muerte, es decir, la ascensión al cielo después de purificar el cuerpo mediante los ejercicios espirituales” (Cadogan 1992 [1959]: 101). De la misma manera entre los kaiowá contemporáneos de Mato Grosso do Sul, “la expresión *kādire* designa igualmente las personas que alcanzaron el estado de *aguyje* (perfección humana, igualarse a los dioses) y fueron llevadas para vivir en los mundos superiores sin enfrentar la muerte” (Vietta 2015).

Más importante, para los mismos kaiowá, Guyra Kādire es el nombre de la tierra que actualmente ocupan, en Mato Grosso do Sul: “Guyra Kādire abarca por lo menos las tierras de Kanīdeju, Cerrogui y Potrero Guasu, aproximadamente delimitadas, respectivamente: entre los ríos Vacaria, Brilhante y sus afluentes; el río Santa Maria y sus afluentes; la confluencia de los ríos Dourados, Brilhante e Ivinhema” (Vietta 2015). A esta tierra, los antiguos kaiowá llegaron desde el Cerro Guasu de Paraguay, ya evocado en estas páginas. Finalmente, “Guyra Kādire es también el nombre de un dueño mítico con rasgos de pájaro responsable, entre otras cosas, de asegurar la intermediación entre hombres y dioses” (Vietta 2015). La mención de una *migración* hasta un lugar llamado Guyra Kādire, y el hecho que el nombre de esta tierra sea también el de

27 Cors (2008 [1875]: 39 s.); Cardús (1886: 76); P. Bianchi, 1851, en García Jordán (2006: 112).

28 Métraux fue el primero en relacionar, todavía a título de hipótesis, el tema de los candires con el mito de la “tierra sin mal” de los apapocuvá-guaraníes del Mato Grosso, recién revelado en aquel entonces por la obra de Nimuendaju (Métraux 1927; 1928; 1929a; 1929b: 304–308; Nimuendaju 1987 [1914]); la hipótesis se volvió más afirmativa con Hélène Clastres (1975) y hoy se asume en general que Candire no es sino otro nombre de la tierra sin mal “de los guaraníes” y en particular, en Bolivia, de los chiriguano del piedemonte andino.

29 Nordenskiöld (1917); Métraux (1927, 1928, 1929a); Julien (2007).

30 “Anduve muchas provincias, y llegué cerca de la tierra y noticia rica, que es la que la ciudad de Santa Cruz desea poblar a Vuestra Majestad, que es el reino del Candire Guazu, y los Moxos, y el Paitite, y la provincia de las Amazonas” (Porres 1906 [1582]: 85); otro religioso se refiere, en 1595, a “Mojos o Paytiti o Candire, como acá lo llaman” (Andrés Ortiz, 18-VI-1595, en *Anua* 1596 1965 [1596]: 94).

un personaje mítico, nos acercan al Candire de los antiguos itatines de Santa Cruz.

Sin pretender zanjar el problema, pienso que estas diversas interpretaciones tal vez no sean incompatibles. Los “caracarás” dueños del metal eran los qaraqara de Charcas, cuyo nombre significaría “el alba” (Platt et al. 2006); este nombre fue sin embargo interpretado luego a partir del guaraní mismo: karakara, nombre de un ave carroñera (*Poliborus* sp.). Lo mismo pudo pasar con el nombre de los “candires” dueños del metal, derivado del Inca que efectivamente era dueño de las minas (Condori), y asimilado luego a un concepto guaraní como *kādire*. Tendríamos que saber más sobre las representaciones y valores atribuidos al metal por parte de los antiguos guaraníes para entender mejor estas asociaciones – lo que está claro es que oro y plata no tenían el mismo valor monetario que para nosotros en la actualidad, ni utilidad directa como herramientas.

Sea lo que fuere, fue entre los itatines de Santa Cruz que se registró la existencia de un dios llamado Candire; fueron los itatines orientales los que migraron (con otros pueblos) en busca de “los candires”; y son los kaiowá actuales los que poseen la tierra de Guyra Kādire. Más allá de las interpretaciones siempre sujetas a dudas, estos datos establecen un puente más entre guarayos y kaiowá, descendientes de los antiguos itatines.³¹

5 Itatines y españoles en Santa Cruz: siglo XVI

Los primeros contactos de los itatines de Santa Cruz con los españoles fueron amistosos. Ya antes de la fundación de la ciudad de Santa Cruz, los hombres de Ñuflo de Chaves encontraron refugio entre los pitaguarí después de una épica pelea con los chiquitos (RAH 1565: 212–218). Luego, los itatines que llegaron con Ñuflo de Chaves en 1564 lo hicieron como aliados de los españoles:

Tenían amistad con Ñuflo de Chaves y le ayudaban contra los miserables indios de la tierra que era donde pobló a Santa Cruz de la Sierra, y hacían tan a su voluntad sus cosas y eran tan temidos, que no era parte Ñuflo de Chaves para estorbarlos que no tomasen y llevasen cuántos quisiesen (RAH 1565: 212–218).

Estos son factores que pueden ayudar a explicar por qué no se registran encomiendas de itatines en los primeros años de vida de Santa Cruz. Sin embargo, las relaciones pronto se tornaron tensas entre indígenas y europeos, aunque los itatines no lograron constituir un peligro tan apremiante como los chiriguanaes del piedemonte para los españoles. El factor que, al parecer, desencadenó las hostilidades entre cruceños e itatines fue el afán de los españoles por alcanzar las minas que se decían existían en la provincia de Itatín. En 1564, yendo de Asunción a Santa Cruz junto con Ñuflo de Chaves (y 3.000 itatines), el obispo de Asunción encontró, como ya mencioné, a varias aldeas guaraníes entre el río Paraguay y la ciudad de Santa Cruz: “antes de llegar a ellos cinco jornadas, hallé una tierra no muy alta, de adonde un soldado me trajo un pedazo de metal que parecía pura plata, y en el Perú como lo vieron me dijeron que era plomo, que allí había minas de plata sin duda” (RAH 1565: 212–218).

En los años siguientes se incrementan las noticias sobre las minas de Itatín. Estarían situadas en la región itatín de Yribira, donde las buscó Chaves en 1568, llevándose consigo a “un famoso minero, llamado Muñoz” (Díaz de Guzmán 1835 [1612]: 138). En realidad, fueron dos las expediciones españolas que partieron este mismo año de Santa Cruz: la del obispo de Asunción, Francisco Ortiz de Vergara, acompañado por Felipe de Cáceres, que volvía al Paraguay; y la de Ñuflo de Chaves que los acompañó en el primer trecho, no sólo para protección sino también con el objetivo de buscar las minas:

Llegaron todos juntos hasta la comarca de los indios guaranis que quedaron poblados cuando vinieron del río de La Plata con Francisco de Vergara,^[32] que casi todos eran de la provincia del Itatin. Los cuales con su continua malicia estaban alborotados, y desamparando algunos pueblos que estaban por el camino, se apartaron a los más lejanos, recelosos de recibir algún daño de los nuestros, o porque intentaban cometer alguna traición contra ellos: por manera que Nuflo [*sic*] de Chaves tuvo necesidad de irse apartando del General, metiéndose de un lado y otro para aquietar aquellos indios (Díaz de Guzmán 1835 [1612]: 138).

Es probable que las reiteradas expediciones de los cruceños en busca de las minas del territorio itatín hayan provocado este “recelo” de los indígenas. En todo caso, llegando a la aldea itatín de Mitimi, Ñuflo de Chaves fue muerto junto con sus hombres,³³ a excepción de uno que pudo huir y dar

31 Los mismos datos nos muestran, también, que la asimilación hecha entre Candire y la “tierra sin mal”, particularmente en el caso de los actuales guaraníes (ex chiriguanoes) del piedemonte andino, es bastante cuestionable. El nombre de Candire sólo fue registrado entre los guarayos, y su generalización a los chiriguanoes no tiene base concreta. Ver sobre el tema Combès (2006).

32 Se refiere al viaje del obispo Vergara junto con Ñuflo de Chaves en 1564.

33 Existen numerosos testimonios al respecto en la *Relación de servicios* 2008 [1588].

aviso a Diego de Mendoza, quien se aprestaba a alcanzarlo. En este ínterin, el obispo y Cáceres, ya avisados de lo sucedido, decidieron seguir rumbo hacia el río Paraguay y pasar a Asunción. Previamente mandaron a un mensajero, Jacome, a avisar a los itatines que la expedición española iba en son de paz. Jacome acabó siendo muerto por los itatines de la aldea de Anguazú.

La expedición del obispo y de Cáceres siguió su rumbo hacia el río Paraguay, sin “ningún mal suceso ni pesadumbre”. Tres días antes de llegar al río, encontró “siete u ocho indios con sus mujeres e hijos, que venían de la otra parte a visitar a los que estaban en ésta, por ser todos deudos y parientes”. En el equipaje de estos indios, los españoles encuentran la daga de Jacome, y un itatín “en cuestión de tormento” acabó confesando que todos los indígenas “de aquella tierra estaban determinados a no dejar pasar a los españoles, antes a hacerles cruda guerra hasta acabarlos”. Pasando finalmente el río y llegando a la provincia de Itatín en la orilla oriental, los españoles encuentran los pueblos desiertos, y la gente retirada en son de guerra (Díaz de Guzmán 1835 [1612]: 141 s.).

Lo importante para nosotros es evidentemente el hecho de que los itatines del oriente del Paraguay continúen visitando a sus parientes migrantes: de hecho, su partida se remonta apenas a cuatro años atrás. La guerra contra los españoles fue, como lo muestra este relato, concertada entre los itatines de ambos lados del Paraguay.

Las minas de Itatín continuaron marcando la historia española de la ciudad de Santa Cruz. En efecto, los cruceños, encabezados por Diego de Mendoza, se opusieron en los años siguientes a la muerte de Chaves al traslado de su ciudad hacia el río Guapay, encomendado por el virrey Toledo al nuevo gobernador en ejercicio, Juan Pérez de Zurita. Mendoza acabó rebelándose contra el virrey, ante todo por “su esperanza de las minas de Ytatin” (Pérez de Zurita 2003 [1573]: 10 s.). Esta esperanza estaba fundada, y los gobernadores cruceños que siguieron a Chaves siguen hablando de la explotación de mineral entre los itatines:

Envié por otros indios y pueblos alzados de los de Ytatin y tenía ya respuesta de cómo venían. Les puse orden y razón en su vivir, lo cual les fue venidero porque ninguna tenían. *Descubrí minas de plata y se sacó muestra de ella en los payconos y no acudía mal, conforme al ensayo que se hizo* (Pérez de Zurita 2003 [1573]: 7; subrayado mío).

[En la provincia de Ytatin] están las minas de plata y oro como arriba se ha dicho, y asimismo hay muchas minas de cobre y de plomo, *las cuales se han visto ya de los cristianos y sacado metal de ellas en cantidad, o se provee*

esta ciudad a las veces de plomo de ellas, y yo he hecho sacar para esta ciudad casi 100 arrobas de ello (Suárez de Figueroa 1965 [1586]: 404; subrayado mío).

Estas minas se corresponden, con mucha probabilidad, con la actual concesión minera Don Mario, al noreste de la provincia Chiquitos del departamento de Santa Cruz, es decir en plena ex provincia de Itatín. La empresa a cargo de la explotación extrae oro, plata y cobre (Tejada 2012: 42–49). Es interesante notar que, en las primeras décadas del siglo XVII, iguales rumores de riquezas y minas corren a propósito de la provincia de Itatín en la orilla oriental del río Paraguay (Cortésão 1952). En este caso, no se corresponde con una realidad. ¿Habría pasado la fama de las minas cruceñas a la región homónima del Paraguay? También es posible que haya influido el nombre mismo de esta región: pues si bien Itatí puede traducirse como “piedra blanca”, también puede interpretarse como “metal blanco”, a saber la plata. Varias fuentes indican que los tupís y guaraníes llamaron al metal *ita*, es decir “piedra” (Léry 1975 [1580]: 322; Ruíz de Montoya 2011 [1639]: 188). Un diccionario guaraní paraguayo indica que “plata” también se puede decir *itatí*, “piedra blanca” (Ramírez y Lustig 1996).

Después de la agitación de 1568, los itatines de Santa Cruz parecen aquietarse. En los años 1580, el gobernador Suárez de Figueroa no sólo los “pacificó”, sino que incluso se apoyó sobre ellos en su lucha contra los de la Cordillera³⁴: “de bravos leones” se vuelven “mansas ovejas” (*Anua 1596* 1965: 87) y, en este mismo tiempo, aceptan la evangelización.

Poco después, en 1592, el mismo gobernador funda en territorio de los chiquitos la efímera ciudad de Santiago del Puerto,³⁵ como punto de partida para el descubrimiento de Mojos y Paititi en los llanos amazónicos; manda llamar “muchos chiriguanaes de Itatín, para que le sirvan en la jornada y así dejar la tierra más quieta; y en el camino están otros que se llaman tacuaimbacus, de la misma lengua, que saben y han calado toda la tierra (*Anua 1594* 1970: 447). Como antes los pitaguaris con Ñuflo de Chaves, como después en 1603 los “chiriguanaes” vecinos de los paresis, los tacuaimbucus aparecen como los mejores guías de los cruceños en pos de la “tierra rica”.

Sin embargo, la paz conseguida con los itatines y su papel de auxiliares siempre fueron frágiles. El

34 AGI Pat. 1584 (235, r. 8: 22v y Mujía (1914/II: 408); Marqués de Cañete en 1585 (en Mujía 1914/III: 13).

35 Esta ciudad desapareció en 1594; en el mismo emplazamiento fue erigida a inicios del siglo XVII la de San Francisco de Alfaro.

gran temor de los cruceños era que logran juntarse los dos conjuntos “chiriguanaes” que rodean la ciudad: los itatines, y los chiriguanaes del piedemonte andino.³⁶ Si bien, en 1584, Suárez de Figueroa hace una expedición “de castigo” a la Cordillera auxiliado por 150 itatines, expresa también su miedo:

La ciudad de Santa Cruz, la cual por la poca fuerza que tiene y no siendo favorecida y ayudada de Su Majestad tengo para mí que se vendrá a consumir y a acabar y acrecentarse en mas las fuerzas de los Chiriguanaes juntándose con ellos los de Itatin y recogerán consigo sin que se lo estorben las Naciones que hay en estas provincias, y serán poderosas para nunca ser desbaratados.^[37]

Poco después, el padre jesuita Diego de Samaniego expresa otra preocupación: para trocar con los españoles, los chiriguanaes del piedemonte han incrementado sus correrías contra los “indios de los llanos”, que venden luego como esclavos: “esta codicia los mueve más a las guerras ... Y en Ytatin, donde al principio habían cesado de esto con la palabra de Nuestro Señor, mozos codiciosos los volvieron a ello, y han causado muchos males” (*Crónica anónima* 1944 [c. 1600]: 485).

Junto con la “pacificación” de los itatines empieza su evangelización. El primer misionero que empezó un trabajo de evangelización a gran escala de los itatines de Santa Cruz fue el ya mencionado mercedario Diego de Porres. Si bien sus informes conciernen al año 1578, es probable que haya iniciado sus trabajos anteriormente, pues los adultos de las aldeas que visitó ya estaban bautizados. Porres cuenta:

Entré en los Hitatines Chiriguanaes que están de guerra, los cuales están 40 leguas de Santa Cruz, determinados de irse a juntar con los de la cordillera que están 30 leguas de La Plata y por evitar tan gran mal con el favor de Dios y por saber su lengua chiriguana fui a ellos y los apacigué y asenté y puse de paz y saqué a la ciudad de La Plata doce caciques y los presenté en Vuestra Real Audiencia y el Presidente y Oidores los mandaron vestir de Vuestra Real Hacienda y les dieron mantas y sombreros y cuchillos y tijeras y coronas de latón ... y los poblé en sus pueblos, y les hice cinco iglesias y bauticé muchas criaturas en cada pueblo y les dejé quien les enseñase la doctrina.^[38]

En 1587 es cuando entran los primeros misioneros jesuitas a Santa Cruz: Diego Martínez, Diego de Samaniego, y el hermano Juan Sánchez. Samaniego cuenta su primera entrada a los itatines:

Fui yo la primera vez a aquella tierra, y después muchas veces fui recibido con grande aplauso y voluntad de todos. Y aunque al principio el gobernador y personas expertas en la tierra no tenían por seguro que fuese más de a tres o cuatro pueblos, los primeros, porque los otros habían querido matar a ciertos mestizos lenguas, y antes al gobernador pasado, con soldados que llevaba en busca de unas minas, le habían hecho salir de la tierra; pero estando en los primeros pueblos, vinieron casi todos los caciques de los demás pidiéndome fuese a ellos ... Proseguí por toda la tierra con un mestizo por compañero, y gracias a Nuestro Señor que en todo sucedió bien, porque fui bien recibido y oído de todos en cinco meses que por allí anduve, bauticé muchos centenares de indios después de catequizados, y casé a casi todos con sus mujeres legítimas, dejando las mancebas que tenían que dejar con grande dificultad (*Crónica anónima* 1944 [c. 1600]: 480 f.).

Los jesuitas no se privan de criticar a sus predecesores, en particular a Porres: “eran cristianos bautizados muchos años había de un sacerdote que anduvo por allí muy de paso, pero en más de 25 años no se habían confesado ni estaban casados por la iglesia casi ninguno, ni tenían de cristianos más que el bautismo y el nombre” (*Anua* 1596 1965: 94).

Los jesuitas aprendieron la lengua guaraní para evangelizar a los itatines. “A la confesión acudían con facilidad y gana; en casarse tienen más dificultad, la razón es que es gente libre, feroz y severa, y que se rigen de ordinario por dichos y patrañas de hechiceros, y entre otros engaños y errores que tenían, era que porque se casaban se morían” (*Anua* 1594 1970: 416). En 1589 se cuentan 1.200 itatines bautizados (*Anua* 1589 1929: 936); en diciembre de 1591, Samaniego indica que “los que aquí y allí se han bautizado este año pasado desde el noviembre hasta hoy, pasan de 1.620 almas. Se han casado 1.126 (*Anua* 1594 1970: 417).

6 Jesuitas, itatines y bandeirantes: siglos XVII–XVIII

En 1603 Santa Cruz se traslada 300 km al oeste, a los llanos del río Guapay. Si bien podemos suponer que varios itatines acompañaron en este proceso a sus amos españoles, la mayoría se retiró al monte y apostató de la fe cristiana. Toda esta región cae en el olvido (al menos, en el olvido de los documentos) hasta que, en 1690, los misioneros jesuitas de la provincia del Paraguay inician en ella las misiones conocidas como “de Chiquitos”.

36 Por ejemplo AGI Pat. 235 r. 8: 21v, 24v (en Mujía 1914/II: 412).

37 Carta de Lorenzo Suárez de Figueroa a la Audiencia de La Plata, 25 de mayo de 1584 (en Barriga 1949: 200).

38 Memorial de Diego de Porres, 1 de abril de 1586 (en Barriga 1949: 226); el 25 de mayo de 1582, el escribano Juan de Losa Barahona certifica que la Audiencia de La Plata “mandó vestir a doce indios Itatines que el Padre Fr. Diego de Porres sacó de los Chiriguanaes” (Barriga 1949: 170).

Es exactamente cuando desaparecen las noticias sobre los itatines de Santa Cruz que se vuelven, por el contrario, mucho más numerosas sobre aquellos de la orilla oriental del río Paraguay. Estas noticias permiten llenar en parte los vacíos sobre la historia itatín en Santa Cruz durante el siglo XVII.

En la primera década del siglo, los itatines inician contactos por los misioneros jesuitas del Paraguay. El cacique principal itatín, Ñanduabuzu, reclama la presencia de sacerdotes (Cortésão 1952: 24, 31). Los indígenas quieren, más que todo, escapar tanto de los españoles de Asunción en busca de peones como de los bandeirantes³⁹ de Brasil en busca de esclavos, que asolaron en particular toda la región del Guairá (Paraná) en los años 1630. Lo dijo claramente un itatín a los jesuitas: “donde reciben [los indios] a los padres, no entran los españoles, pues basta, esto es lo que solamente buscábamos” (Ferrer 1952 [1633]: 37).

Las primeras misiones, fundadas en 1632, son destruidas al año siguiente por los bandeirantes. Dos nuevas reducciones son restablecidas en 1634: Nuestra Señora de Fe de Taré y San Ignacio de Caa-guazú. La primera, cerca de la orilla del río, debía servir de “puente para pasar a la otra banda del Paraguay a los chiriguano” – léase “guaraní-hablantes” de la región de la antigua Santa Cruz (Cortésão 1952: 101). De hecho, en 1644–45 uno de los jesuitas de Itatín, el padre Pedro Romero, cruzó el río Paraguay con el objetivo de evangelizar a los indígenas, quienes lo asesinaron (Cortésão 1952: 102). Según Sánchez Labrador, estos asesinos eran “chiriguano” – es decir “itatines” de Santa Cruz (1910 [c. 1770]/I: 60).

Pero las bandeiras paulistas continuaron sin tregua contra las misiones paraguayas. Los documentos recopilados por Jaime Cortésão evocan en particular los asaltos de 1637, 1647 y 1648. En estas ocasiones, los bandeirantes cruzaron el río Paraguay: “pasaron tan adelante que llegaron a ser sentidos en los pueblos de Santa Cruz de la Sierra” (Cortésão 1952: 79, 81); es, pues, precisamente en 1637 que los “mamelucos” son señalados entre los itatines de Santa Cruz (*Actas capitulares* 1977 [1634–1640]: 193).

Estos asaltos sangrientos tuvieron consecuencias no sólo sobre los indígenas de la margen oriental del Paraguay, sino sobre los de la orilla oeste. En efecto, muchos itatines de Paraguay escogieron cruzar el río hacia el oeste para huir de los paulistas. En 1647, “muchas [familias] han pasado a la otra banda

del río Paraguay” (Cortésão 1952: 105). Más tarde, Sánchez Labrador cuenta:

Los Portugueses no se descuidaban en el ejercicio que los caracteriza: esparcidos los Ytatines por los bosques con tantos contratiempos de cinco pueblos apenas pudieron formar dos en su segunda entrada los misioneros de la Compañía: estos dos fueron los llevados al Piray y al Tibiquary. Quedó mucha gente escondida en los bosques: pasó a la orilla occidental del río Paraguay: se internó hasta el famoso Lago de los Jareyes [*sic*], o cosa semejante; y éstos son Guarayos descendientes de los Ytatines y hermanos de los del pueblo de Nuestra Señora de Fe recogidos por nuestros misioneros de Chiquitos (RAH 1767; subrayado mío).

Uno de estos “guarayos” dice:

Sus padres les decían: que su pueblo había estado a la otra orilla del río Paraguay entre dos Ríos; que habían sido cristianos; que su pueblo tubo el nombre de la Virgen [Nuestra Señora de Fe de Taré] ... se habían pasado a la orilla occidental del río, y después venido a vivir con los Chiquitos ... No pueden darse señas más determinativas del origen de los Guarayos (RAH 1767).

De la misma manera, Las *Anuas* jesuitas del Paraguay de 1735 afirman:

Los guarayos tienen su origen en la tierra de los guaraníes, viniendo ellos a su actual domicilio hace unos 100 años a esta parte, huyendo ellos en aquel entonces de las invasiones de los brasileños a tan enorme distancia, devastando aquellos abominables ladrones en aquel entonces toda la comarca ... Todavía hablan los guarayos la lengua de su antigua nación, pero ya algo viecida. Tienen ellos las mismas costumbres que, como leemos, han tenido los guaraníes antes de hacerse cristianos; así, comen carne humana como antiguamente lo hacían los guaraníes (en Matienzo et al. 2011: 167).

Algunos de ellos se establecieron sobre las riberas del río Tucavaca, que desemboca en los bañados de Otuquis al sur del Pantanal: ahí, “antiguamente estaba poblado todo de Guaraio” (Consulta de 1708, en Cortésão 1955: 111).

Así, para los jesuitas de Paraguay y de Chiquitos del siglo XVIII, “los guarayos” son, ante todo, los descendientes de los itatines de Paraguay recientemente fugados de los bandeirantes. Esto significa que un nuevo aporte de itatines, cuya magnitud no podemos desgraciadamente evaluar, reforzó el conjunto guaraní-hablante de la región de Santa Cruz. Es también a partir de este momento que el término de “guarayos” se generaliza para designar a los que viven en la Chiquitania, como para diferenciarlos de sus parientes que se quedaron en la otra banda del Paraguay.

39 También llamados “mamelucos” o “paulistas”, los bandeirantes eran cazadores de esclavos que salían de la ciudad de São Paulo en Brasil. Se constituyeron en el mayor enemigo de las misiones jesuíticas del Paraguay.

La huida al occidente del río Paraguay no implicó que los itatines estuvieran a salvo de los bandeirantes. Ya vimos que éstos fueron señalados entre los itatines cruceños en 1637. Más tarde, las entradas se multiplican. En 1692, el cabildo de Santa Cruz pide socorro a Asunción para contener a los portugueses (Cortésão 1952: 302 s.). En 1696, nuevas entradas son registradas – el que da el aviso es, además, un indio guarayo.⁴⁰

En definitiva, las bandeiras tuvieron dos consecuencias cruciales para los ahora “guarayos” de Santa Cruz: engrosaron el grupo con el aporte de los itatines que huían desde el margen oriental del Paraguay, reforzando tal vez su “identidad itatín” por encima de la de los demás grupos guaraní-hablantes de la región; y provocaron que estos grupos abandonen paulatinamente las orillas del Paraguay y la antigua “provincia de Itatín”, internándose más adentro en la Chiquitania donde tuvieron contactos con los jesuitas de Chiquitos, y acercándose a su hábitat actual. Es pues significativo que el primer ingreso de guarayos a una misión jesuita se haya dado en las misiones de Mojos y no en las de Chiquitos: esto significa que buena parte de ellos vivía ya donde hoy están asentados. Fueron en efecto 73 pueblos de “Huarayus, que son de la lengua chiriguana” (Eguiluz 1884 [1696]: 22) los que encontró el padre Cipriano Barace en 1693, al este de Trinidad. Estos guarayos eran conocidos y temidos por todos los indígenas vecinos porque eran caníbales. Barace los llevó a Trinidad, pero “con la natural inconstancia volvieron algún tiempo después a sus querencias” (Urbano de Mata 1704: s. p.). Sin embargo, poco después en 1702, entre 300 y 400 de los guarayos fugitivos volvieron a la misión de Trinidad (Tormo Sanz 1978–79: 297).

Sin embargo los ingresos de guarayos a las misiones de Chiquitos son los más sostenidos y mejor documentados. Empezaron en 1702 en la reducción de San Rafael, donde está registrada la llegada de “guarades”, de lengua guaraní; tres años después, otros guarayos ingresan a la misión de San José y a la primera reducción de San Juan: en este último caso, se trataba de 60 personas que huían de los bandeirantes (Fernández 1726: 79v). La primera reducción de San Juan, fundada en 1699, estaba establecida a unas 30 leguas al este-noroeste de la de San José, vale decir de la antigua Santa Cruz, en plena antigua “provincia de Itatín”. Se mudó en 1705 al río Zapocó, y a esta reducción se referiría, según Hans van den Berg, un documento de 1715

que evoca a “San Juan de Guaraio” en los límites de Mojos (Garriga 1906 [1715]: 40; Van den Berg 2009: 181). Esta misión fue sin embargo efímera, y en 1712 San Juan se restableció en su emplazamiento definitivo, poco al este de San José (Tomichá Charupá 2002: 534 s.).

En 1712, dos expediciones misioneras parten de San Rafael y de San José respectivamente. La primera logró traer a San Rafael “dos pueblos, uno de guarayos y otro de coerecas que están en un recodo de la laguna grande de los Jarayes”⁴¹; la segunda fue en busca de “unos indios guarayos que dicen se acaban de mudar ahora no lejos del pueblo de San José, detrás de la serranía donde se han retirado huyendo de los portugueses. Y algunas leguas más allá hay más guarayos”.⁴²

En 1717–18 los neófitos de San Javier realizan varias expediciones al noreste de la misión, encontrando a varios grupos guarayos. Algunos de ellos aceptan seguirlos hasta la misión, otros cambian de opinión en el camino. Otra expedición logra traer 130 guarayos a San Javier. En 1718, grupos guarayos prometen incorporarse a la reducción en cuanto acaben de cosechar: “en cuyo seguro se quedaron siete de sus parientes cristianos y que tenían sus mujeres en el dicho pueblo de San Javier, para guías y que no desistiesen de sus intentos”.⁴³ Estos episodios son los más conocidos por los historiadores aunque no pasaron, como bien recalca García Jordán, “de ser una anécdota histórica” (2006: 133) sin más consecuencias que las demás entradas de guarayos a las misiones chiquitanas.

En estos mismos años, otros guarayos que huyen de los bandeirantes ingresan a San Juan (Fernández 1726: 188); una expedición sale también de San José “a los infieles guarayos, de quienes trajeron algunos el año pasado, y reconociéndose por parientes de otros guarayos que años ha que están en este pueblo, han vuelto este año a tres o cuatro pueblos de los [ilegible] que los están esperando con bastante gente”.⁴⁴

A partir de 1731 más guarayos empiezan a ingresar a las misiones, en especial a la de San Miguel donde llegan 92, seguidos por 8 más y otros 30 más tarde, “atraídos a esta fe por un apóstata, paisano suyo, escapado de su pueblo a San Miguel, pero resuelto ahora a volver, llevándose a estos mencio-

40 Burgés (2008 [1703–05]: 297 s., 106 s.); Anuas de la provincia del Paraguay 1689–1699 (en Matienzo et al. 2011: 25); Fernández 1726: 78v ss.).

41 Estado de la reducción de San Rafael, 1712 (en Matienzo et al. 2011: 100).

42 Estado de la reducción de San José, 1712 (en Matienzo et al. 2011: 101).

43 Adiciones a las expediciones anuas, 1717–18 (en Matienzo et al. 2011: 132–135).

44 Sucesos de las misiones de Chiquitos, 1717–18 (en Matienzo et al. 2011: 137 s.).

nados, conquistados por él mismo”.⁴⁵ Pocos años después, una expedición sale de San Miguel: “llegaron con felicidad a los guarayos, y les hablaron y pudieron llevar consigo 282 almas de aquellos. Más de 100 de ellos eran párvulos, los cuales, luego al llegar al pueblo, fueron bautizados, mientras los demás fueron enumerados entre los catecúmenos”.⁴⁶ Estas personas figuran en el estado del pueblo de San Miguel de 1743, que registra 60 familias de guarayos, con un total de 210 personas, entre ellas 100 niños (Matienzo et al. 2011: 301). Servirían de anzuelo para atraer a más de sus parientes:

Por los guarayos, traídos a fines del año pasado al pueblo de San Miguel, se supo que todavía quedaban muchos de sus paisanos [en el monte], los cuales con bárbara ferocidad ejercen la antropofagia, según la costumbre de su nación en su tierra ... Después de haber oído esto, fueron enviados, en este año, para buscar los restos de ellos, algunos neófitos guarayos que lo son ya por algunos años y eran los primeros de aquella nación que se han hecho cristianos. Pues, se suponía que a estos sus paisanos no comerían aquellos antropófagos tan fácilmente, y aceptarían de ellos más gustosamente la fe. Salió la empresa según nuestros deseos. Fueron bien recibidos nuestros indios, los cuales desempeñaron su cargo de embajadores a la maravilla, trayendo consigo las reliquias de aquella gente bárbara.^[47]

Entran así 295 nuevos guarayos a San Miguel entre 1744 y 1745 (AGI Charcas 1745: 162–166). Sin embargo, muchos debieron huir o morir por enfermedades pues, en el empadronamiento realizado en 1745, figura tan solo un total de 314 guarayos en las misiones de Chiquitos: 68 en San Javier y 246 en San Miguel.⁴⁸ Representarían apenas, según Tomichá Charupá (2002: 269), el 2,1 % del total de la población indígena reducida en las misiones de Chiquitos.

No encontré datos posteriores sobre los ingresos de guarayos a las misiones chiquitanas. En 1767, año de la expulsión de la compañía de Jesús, Sánchez Labrador registraba guarayos en los pueblos de San Javier (bajo el nombre de “itatines”), San Miguel, San Ignacio y Santo Corazón; la misión de Concepción, dice, “tuvo algunos guarayos”, ausentes en 1767 (Sánchez Labrador 1910 [c. 1770]: 82, 85, 87).

Los datos son insuficientes para establecer siquiera aproximadamente el número de guarayos que

pasaron o se afincaron por las misiones chiquitanas. En todo caso, las cifras existentes son insignificantes si se las compara, por ejemplo, con la entrada de miles de zamucos del Chaco a las mismas misiones (Combès 2009: cap. 4), o incluso con el número de bautismos realizados antaño por Porres y Samaniego entre los itatines. Más aún, muchos guarayos huían de las misiones y de los misioneros:

Se había tenido noticia en el pueblo de San Francisco Xavier de que había algo lejos de allí una parcialidad de guarayos que hablan la lengua guaraní, y se esperaba hacer en ellos mucho fruto, por lo cual el año de 1719 fueron de aquel pueblo indios Chiquitos a hablarles sobre su conversión pero se volvieron sin fruto, porque llegando al paraje de dicha nación, donde tenía sus pueblecillos, ya se habían huido, sin quedar uno sólo; y aunque les siguieron los rastros por algunos días, los perdieron en un río muy caudaloso, en que se embarcaron sin saber para dónde (Fernández 1726: 445).

Palabras finales

Intenté reconstruir en estas páginas la fragmentaria historia colonial de los itatines y guarayos de Santa Cruz, prácticamente desconocida hasta hoy. Los datos muestran, primero, que los guarayos contemporáneos no son únicamente descendientes de los itatines del margen oriental del Paraguay. Si bien muchos de ellos llegaron a establecer en Santa Cruz, al punto de dar su nombre a toda una “provincia”, se encontraron ahí con varios otros grupos guaraní-hablantes que habían llegado con anterioridad, no forzosamente desde el mismo lugar, y que luego fueron confundidos con ellos. El grupo que se conforma progresivamente en el siglo XVI es ante todo una mezcla de tradiciones guaraníes de diversos orígenes, a las cuales tendríamos que agregar a aquellos cautivos indígenas de otras etnias, y otras lenguas, que se integraban en sus aldeas.

En segundo lugar, la historia itatín de Santa Cruz es, tal vez, un ejemplo perfecto de cómo se vienen entrelazando las historias indígenas y españolas en esta región. Muchos itatines y/o “guaraníes” en general llegaron a esta región antes de la invasión europea, y sus relatos contribuyeron no poco a alentar los sueños de los propios asuncenos en busca de la “tierra rica”. A su vez, estas expediciones españolas incrementaron las migraciones itatines, por ejemplo en 1564 cuando 3.000 de ellos siguieron a Ñuflo de Chaves. Más tarde, son las minas de Itatín las que entrelazan de nuevo historia indígena y española. El afán español provoca la rebelión de los indígenas, y con ella la muerte de Ñuflo de Chaves; la “esperanza” de las mismas minas está al origen de la rebelión

45 Anuas de la provincia del Paraguay, 1730–1734 (en Matienzo et al. 2011: 166s.).

46 Anuas de la provincia del Paraguay, 1735–1742 (en Matienzo et al. 2011: 215s.).

47 Anuas de la provincia del Paraguay, 1735–1742 (en Matienzo et al. 2011: 217).

48 Cuadro resumen de este censo en Matienzo et al. (2011: 328s.).

de Diego de Mendoza contra el virrey Toledo. Más tarde aún, a partir del siglo XVII, fueron esta vez los bandeirantes portugueses los que cambiaron la historia itatín, provocando huidas desde Paraguay, engrosando y reconfigurando el conjunto guaraní-hablante de Santa Cruz. Estas huidas sellaron la historia compartida entre los itatines del margen oriental del río Paraguay y los del margen occidental. A partir del siglo XVIII, los guarayos ya están establecidos en su hábitat actual, y los contactos cesan por completo con sus lejanos parientes paraguayos.

Ni en Itatín del Paraguay, cuyas misiones tuvieron que ser trasladadas hacia el sur para escapar de los ataques bandeirantes, ni tampoco en Chiquitos, los jesuitas lograron evangelizar realmente a los guarayos. El desconocimiento de este grupo era tal por parte de la sociedad envolvente, que d'Orbigny pudo escribir que fueron “descubiertos” en 1790 por una expedición que buscaba un camino entre Moxos y Chiquitos (d'Orbigny 2002 [1833]/III: 1351). A partir de entonces se inició una nueva etapa de evangelización, primero a manos del sacerdote de San Javier, Gregorio Salvatierra, y luego de los misioneros franciscanos. Una nueva historia comienza, que otros ya han contado. El colegio franciscano de Tarata fue fundado por Real Cédula en 1792: “fue entonces cuando se inició la conquista y reducción de los Guarayo” (García Jordán 2006: 134).

Agradezco a Graciela Chamorro, Pilar García Jordán, Protasio Langer, Paula Peña, Mario Polia, Roberto Tomichá, Katya Vietta y Diego Villar por su apoyo en esta investigación.

Bibliografía

Fuentes archiviales

AGI Charcas [Archivo General de Indias, Sevilla; Audiencia de Charcas]

1745 Testimonios de los autores originales de la visita de Francisco Javier de Palacios a los pueblos de las misiones de Chiquitos. AGI Charcas 293.

AGI Pat. [Archivo General de Indias, Sevilla; Patronato]

1584 Documentos sobre la guerra chiriguana. AGI Pat. 235, r. 8.

ALP [Archivo de La Paz, Bolivia]

1891–97 ALP Fondo José Manuel Pando, 1891–97, n° 2.

RAH [Real Academia de la Historia, Madrid]

1565 Viaje de don Francisco Ortiz de Vergara. (RAH: Colección de manuscritos de Muñoz, T. 88, Signatura A 115)
1767 Sánchez Labrador: Diario del viaje a las misiones de Chiquitos desde la Reducción de Nuestra Señora de Belén, de indios guaycurúes (RAH: Mata Linares 56 [9-1711])

Literatura

Actas capitulares

1977 Actas capitulares de Santa Cruz de la Sierra, 1634–1640. (Versión paleográfica del manuscrito original, G. Feyles; prólogo, notas e índices, M. Terceros Banzer; ordenación y nota preliminar, H. Sanabria Fernández.) Santa Cruz: Universidad Boliviana Gabriel René Moreno. [1634–1640]

Anua 1589

1929 *Missio in Provinciam Sanctae Crucis in Annuae Litterae Societatis Iesu 1589*. (Traducción y notas de Alfred Métraux.) En: Métraux 1929. [1589]

Anua 1592

1970 Carta anua de la provincia del Perú. En: A. de Egaña (comp.); Doc. 72. [1592]

Anua 1594

1970 Anua de la Compañía de Jesús – Tucumán y Perú. En: A. de Egaña (comp.); Doc. 112. [1594]

Anua 1595

1970 Anua de la Compañía de Jesús – Tucumán y Perú. En: A. de Egaña (comp.); Doc. 186. [1595]

Anua 1596

1965 Anua de la Compañía de Jesús – Tucumán y Perú. En: M. Jiménez de la Espada. Tomo 2; pp. 86–113. [1596]

Armentia, Nicolás

1902 Tacana. Arte, vocabulario, exhortaciones, frases. (Introducción y notas por S. A. Lafone Quevedo.) La Plata: Talleres de Publicaciones del Museo. (Biblioteca lingüística del Museo de La Plata; Sección de Bolivia, 1/1)

Barriga, Víctor M. (comp.)

1949 Mercedarios ilustres en el Perú, 2: Siglo XVI. El padre fray Diego de Porres, misionero insigne en el Perú y en Santa Cruz de la Sierra. Arequipa: La Colmena.

Burgés, Francisco

2008 Memorial sobre las misiones de Chiquitos. En: R. Tomichá Charupá (ed.), Francisco Burgés y las misiones de Chiquitos; pp. 85–130. Cochabamba: Ed. Verbo Divino. (Colección Misión y Diálogo, 11) [c. 1703–1705]

Cadogan, León

1992 Ayvu Rapyta. Textos míticos de los Mbyá-Guaraní del Guairá. (Ed. prep. por B. Melià.) Asunción: Fundación “León Cadogan”. (Biblioteca paraguaya de antropología, 16; Colección “Obras de León Cadogan”, 2; Serie etnología, 1) [1959]

Calvete de Estrella, Juan C.

1963 Crónicas del Perú. Tomo 5: Rebelión de Pizarro en el Perú y vida de Don Pedro Gasca; pp. 227–409. Madrid: Ed. Atlas. (Biblioteca de autores españoles, 167) [1571]

Cardús, José

1886 Las misiones franciscanas entre los infieles de Bolivia. Descripción del estado de ellas en 1883 y 1884; con una noticia sobre los caminos y tribus salvajes. Barcelona: Lib. de la Inmaculada Concepción.

Castillo, José del

1906 Relación de la provincia de Moxos. En: M. V. Ballivián, Documentos para la historia geográfica de la República de Bolivia; pp. 294–395. La Paz: J. M. Gamarra. [1676]

Chamorro, Graciela

- 2015 Povos indígenas guarani falantes no atual Estado de Mato Grosso do Sul (séculos XVI–XXI). En: G. Chamorro e I. Combès, *História dos povos indígenas no Mato Grosso do Sul*. Dourados: UFGD (en prensa).

Clastres, Hélène

- 1975 *La terre sans mal. Le prophétisme tupi-guarani*. París: Éd. Du Seuil.

Cobo, Bernabé

- 1890–95 *Historia del Nuevo Mundo*. 4 vols. (Publicada por primera vez con notas y otras ilustraciones de D. Marcos Jiménez de la Espada.) Sevilla: Imp. de E. Rasco. (Sociedad de bibliófilos andaluces, 1) [1653]

Combès, Isabelle

- 2006 De los candires a Kandire. La invención de un mito chiriguano. *Journal de la Société des Américanistes* 92/1-2: 137–163.
- 2009 Zamucos. Cochabamba: Instituto de Misionología. (Colección scripta autochtona: historia indígena de las Tierras Bajas, 1)
- 2010 Diccionario étnico. Santa Cruz la Vieja y su entorno en el siglo XVI. Cochabamba: Instituto de Misionología. (Colección scripta autochtona: historia indígena de las Tierras Bajas, 4)
- 2011a Pai Sumé, el Rey Blanco y el Paititi. *Anthropos* 106: 99–114.
- 2011b El Paititi, los candires y las migraciones guaraníes. *Suplemento antropológico* 46/1: 7–149.
- 2012 Susnik y los gorgotoquis. Eferescencia étnica en la Chiquitania (Oriente boliviano). *Indiana* 29: 201–220.

Consultas

- 2011 Consultas para la entrada de Juan de Lizarazu, presidente de la Real Audiencia de Charcas, para entrar a Moxos o Toros (1636). En: I. Combès y V. Tyuleneva (eds.), *Paititi. Ensayos y documentos*. Anexo 4; pp. 239–290. Cochabamba: Ed. Itinerarios. (Colección scripta autochtona: historia indígena de las Tierras Bajas, 8) [1636]

Cors, José

- 2008 Noticias de Guarayos (1875). (Estudio preliminar de E. Caurey C. y E. Ortiz G.) Santa Cruz: Fundación Nova. [1875]

Cortesão, Jaime (ed.)

- 1952 Jesuítas e bandeirantes no Itatim (1596–1760). Vol. 2. Rio de Janeiro: Biblioteca Nacional, Divisão da obras raras e publicações. (Manuscritos da coleção de Angelis, 2)
- 1955 Antecedentes do Tratado de Madri. Jesuítas e bandeirantes no Paraguai (1703–1751). Rio de Janeiro: Biblioteca Nacional, Divisão da obras raras e publicações. (Manuscritos da coleção de Angelis, 6)

Crónica anónima

- 1944 Crónica anónima. En: F. Mateos (ed.), *Historia General de la Compañía de Jesús en la provincia del Perú*; pp. 471–507. Madrid: Instituto Gonzalo Fernandez de Oviedo. [c. 1600]

Descripción general del Perú

- 1906 Descripción general del Perú y en especial de las Audiencias de Lima y Charcas. En: V. M. Maúrtua (comp.), *Tomo 1: Virreinato peruano*; pp. 367–387. [Siglo XVII]

Díaz de Guzmán, Rui

- 1835 Historia argentina del descubrimiento, población y conquista de las provincias del río de la Plata escrita por Rui Díaz de Guzmán en el año de 1612. En: P. de Angelis

(comp.): Colección de obras y documentos relativos a la historia antigua y moderna de las provincias del río de la Plata. Tomo 1; pp. 1–156. Buenos Aires: Imprenta del Estado. [1612]

Dietrich, Wolf

- 1986 *El idioma chiriguano*. Gramática, textos, vocabulario. Madrid: Instituto de Cooperación Iberoamericana.
- 1990 *More Evidence for an Internal Classification of Tupi-Guarani Languages*. Berlin: Gebr. Mann Verlag. (*Indiana* Suplemento, 12)

Egaña, Antonio de (comp.)

- 1970 *Monumenta Peruana*. Tomo 5: 1592–1595. Roma: Institutum Historicum Societatis Iesu. (Monumenta historica Societatis Iesu, 102; Monumenta missionum Societatis Iesu, Missiones occidentales, 27)

Eguiluz, Diego de

- 1884 Historia de la misión de Mojos en la república de Bolivia, escrita en 1696 por el P. Diego de Eguiluz; publicada con varios documentos inéditos referentes á esa misión, biografías y notas por Enrique Torres Saldamando. Lima: Imprenta del Universo. [1696]

Fernández, Juan Patricio

- 1726 Relación historial de las misiones de los indios que llaman Chiquitos, que están a cargo de los padres de la Compañía de Jesús de la provincia del Paraguay. Escrita por el padre Juan Patricio Fernández, de la misma Compañía. Sacada a luz por el padre Gerónimo Herrán, procurador general de la misma provincia ... Madrid: Imprenta de Manuel Fernández.

Ferrer, Diego

- 1952 Anua do Padre Diogo Ferrer para o provincial sôbre a geografia e etnografia dos indígenas do Itatim. En: J. Cortesão (ed.); pp. 29–49. [1633]

García Jordán, Pilar

- 2006 “Yo soy libre y no indio: soy guarayo”. Para una historia de Guarayos, 1790–1948. Lima: Instituto Francés de Estudios Andinos. (Travaux de l’Institut français d’études andines, 219)

Garcilaso de la Vega (el Inca)

- 1990 Comentarios reales. (Introducción de José de la Riva-Agüero.) México: Ed. Porrúa. (Sepan cuantos ..., 439) [1609]

Garriga, Antonio

- 1906 Líderes de los pueblos de las misiones de Mojos. En: V. M. Maúrtua (comp.), *Tomo 10: Mojos*; pp. 34–42. [1715]

Información de los chiriguanaes

- 2008 Información de los chiriguanaes. En: C. J. Julien; Doc. 22: 222–234. [1571]

Irala, Domingo Martínez de

- 1877 Carta de Domingo Martínez de Irala al Consejo de Indias, ... 24 de julio de 1555. En: *Cartas de Indias*; Número 97: 571–578. Madrid: Imprenta de Manuel G. Hernandez. <http://www.elhistoriador.com.ar/documentos/conquista_y_colonia/carta_de_domingo_de_iralal_al_consejo_de_indias.php> [1555] [24.02.2015]
- 2008 Relación de la jornada al norte. En: C. J. Julien; Doc. 1: 1–11. [1543]

Jiménez de la Espada, Márcos

- 1965 Relaciones geográficas de Indias. Perú. 3 tomos. (Ed. y estudio preliminar por J. U. Martínez Carreras.) Madrid: Ed. Atlas. (Biblioteca de autores españoles, 183–185)

Julien, Catherine J.

- 2005 Alejo García en la historia. *Anuario de Estudios Bolivianos, Archivísticos y Bibliográficos* 11: 223–266.
- 2007 Kandire in Real Time and Space. Sixteenth-Century Expeditions from the Pantanal to the Andes. *Ethnohistory* 54: 245–272.
- 2008 Desde el oriente. Documentos para la historia del oriente boliviano y Santa Cruz la Vieja, 1542–1597. Santa Cruz de la Sierra: Fondo Editorial Municipal.

Léry, Jean de

- 1975 Histoire d'un voyage fait en la terre du Brésil ... Genève: Droz. (Les classiques de la pensée politique, 9) [1580]

Matienzo, Javier, Roberto Tomichá, Isabelle Combès y Carlos Page (eds.)

- 2011 Chiquitos en las anuas de la Compañía de Jesús (1691–1767). Cochabamba: Itinerarios Editorial. (Colección scripta autochtona: historia indígena de las Tierras Bajas, 6)

Maúrtua, Víctor Manuel (comp.)

- 1906 Juicio de límites entre el Perú y Bolivia. Prueba peruana presentada al Gobierno de la República Argentina por V.M. Maúrtua. 12 tomos. Barcelona: Imprenta Henrich y Comp.

Melià, Bartomeu, Georg Grünberg y Friedl Grünberg

- 2008 Los Paĩ-Tavyterã. Etnografía guaraní del Paraguay contemporáneo. Asunción: CEADUC–CEPAG. [2a ed. corr. y aum.]

Mendoza L., Gunnar

- 1957 Bibliografía guaraya preliminar. *Revista del Instituto de Sociología Boliviana* 5: 45–98.

Métraux, Alfred

- 1927 Migrations historiques des Tupi-Guaraní. *Journal de la Société des Américanistes* 19: 1–45.
- 1928 La religion des Tupinamba et ses rapports avec celle des autres tribus tupi-guarani. Paris: Librairie Ernest Leroux.
- 1929a Un ancien document peu connu sur les Guaráyú de la Bolivie orientale. *Anthropos* 24: 913–941.
- 1929b Études sur la civilisation des indiens Chiriguano. *Revista del Instituto de Etnología de la Universidad Nacional de Tucumán* 1: 295–493.

Mujía, Ricardo (comp.)

- 1914 Bolivia-Paraguay. Exposición de los títulos que consagran el derecho territorial de Bolivia, sobre la zona comprendida entre los ríos Pilcomayo y Paraguay. Anexos. 9 tomos. La Paz: El Tiempo.

Nimuendaju Unkel, Curt

- 1987 As lendas da criação e destruição do mundo como fundamentos da religião dos Apapocúva-Guaraní. São Paulo: Editora HUCITEC; Editora da Universidade de São Paulo. [1914]

Nordenskiöld, Erland

- 1917 The Guarani Invasion of the Inca Empire in the Sixteenth Century. An Historical Indian Migration. *Geographical Review* 4/2: 103–121.

Nostas Ardaya, Mercedes (coord.)

- 2007 Gwarayu mba'ekwasa. Saberes del pueblo Gwarayu. Santa Cruz: Ministerio de Educación, Programa Amazónico de Educación Intercultural Bilingüe.

Núñez Cabeza de Vaca, Álvar

- 1944 Naufragios y comentarios. Madrid: Espasa-Calpe. (Los grandes viajes clásicos, 17) [1555]

Oliva, Juan Anello

- 1895 Historia del reino y provincias del Perú, de sus incas reyes, descubrimiento y conquista por los españoles de la corona de Castilla ... Lima: Imprenta y Librería de San Pedro. [1631]

Orbigny, Alcide D. d'

- 1839 L'homme améri cain (de l'Amérique méridionale), considéré sous ses rapports physiologiques et moraux. Paris: Pitois-Levrault.
- 2002 Viaje a la América meridional ... realizado de 1826 a 1833. 4 vols. La Paz: Plural Ed. [1833]

Pérez de Zurita, Juan

- 2003 Carta al virrey. En: C. J. Julien, Rebeldía en Santa Cruz de la Sierra en tiempos del virrey Francisco de Toledo. *Revista de Humanidades y Ciencias Sociales* 9/1–2: 6–25. [1573]

Platt, Tristan, Thérèse Bouysse-Cassagne y Olivia Harris

- 2006 Qaraqara-Charka. Mallku, inka y rey en la provincia de Charcas (siglos XV–XVII). Historia antropológica de una confederación aymara. La Paz: Plural Editores; Lima: Inst. Français d'Études Andines. (Travaux de l'Institut Français d'Études Andines, 174)

Porres, Diego de

- 1906 Memorial del Padre Fray Diego de Porres a S.M. pidiendo mercedes por sus servicios. En: V.M. Maúrtua (comp.), Tomo 9: Mojos; pp. 82–86. [1582]
- 1949 Relación de los bautizados En: V. Barriga; pp. 139–156. [1578]

Ramírez, Gilbert y Wolf Lustig

- 1996 *Ne'ëndy*. Diccionario guaraní interactivo. <<http://www.uni-mainz.de/cgi-bin/guarani2/diccionario.pl>> [24.02.2015]

Relación de los servicios

- 2008 Relación de los servicios de Ñuflo de Chávez y Álvaro de Chávez. En: C. J. Julien; Doc. 24: 240–273. [1588]

Relación general

- 2008 La relación general de todo lo susodicho [que] tomó en publica forma ... En: C. J. Julien; Doc. 11: 57–63. [1560]

Relación verdadera

- 2008 Relación verdadera del asiento de Santa Cruz de la Sierra. En: C. J. Julien; Doc. 20: 212–217. [1571]

Resolución de los casos

- 2008 Resolución de los casos ofrecidos al capitán Ñuflo de Chávez desde el año de 57. En: C. J. Julien; Doc. 15-C: 109–113. [1561]

Ruiz de Montoya, Antonio

- 2011 Tesoro de la lengua guaraní. (Introducción y notas por B. Melià, transcripción y transliteración por F. Grünberg.) Asunción: Centro de Estudios Paraguayos “Antonio Guasch”. [1639]

Sánchez Labrador, José

- 1910 El Paraguay católico. 3 tomos. Buenos Aires: Imprenta de Coni Hermanos. [c. 1770]

Sarmiento de Gamboa, Pedro

- 1943 Historia de los Incas. Buenos Aires: Emecé Ed. (Colección Hórreo, 10) [2a ed. enteramente rev.; orig. 1572]

Schmidel, Ulrich

- 2008 Reise in die La Plata-Gegend (1534–1554) – Viaje al río de La Plata y Paraguay. (Kritische Ausgabe – edición crítica: Franz Obermeier.) Kiel: Westensee-Verlag. (Fontas Americanae, 3) [1567]

Staden, Hans

- 1979 Nus, féroces et anthropophages. París: Éd. Métailié. [1557]

Suárez de Figueroa, Lorenzo

- 1965 Relación de la ciudad de Santa Cruz de la Sierra. En: M. Jiménez de la Espada, tomo 1; pp. 402–406. [1586 AGI Pat. 235, r. 11]

Susnik, Branislava

- 1975 Dispersión tupí-guaraní prehistórica. Ensayo analítico. Asunción: Museo Etnográfico Andrés Barbero.

Techo, Nicolás del

- 1897 Historia de la provincia eclesiástica del Paraguay. 3 tomos. Madrid: A. de Uribe. [1673]

Tejada Soruco, Alicia

- 2012 Minería en las tierras bajas de Bolivia. Cochabamba: Centro de Documentación e Información Bolivia.

Tomichá Charupá, Roberto

- 2002 La primera evangelización en las reducciones de Chiquitos, Bolivia (1691–1767). Protagonistas y metodología misional. Cochabamba: Editorial Verbo Divino; Universidad Católica Boliviana; Ordo Fratrum Minorum Conv. (Colección Misión y Diálogo, 3)

Tormo Sanz, Leandro

- 1978–79 Historia demográfica de la misión de Mojos. *Missionalia Hispánica* 35–36: 285–309.

Urbano de Mata, Nicolás

- 1704 Relación sumaria de la vida y dichosa muerte del V. P. Cypriano Baraze. Lima: Imprenta Real de Joseph de Contreras.

Van den Berg, Hans

- 2009 Clero cruceño misionero entre yuracarees y guarayos. Cochabamba: Universidad Católica; Instituto de Misiónología.

Vietta, Katya

- 2007 Histórias sobre terras e xamãs kaiowa: territorialidade e organização social na perspectiva dos Kaiowa de Panambizinho (Dourados, MS) após 170 de exploração e povoamento não indígena da faixa de fronteira entre o Brasil e o Paraguai. São Paulo. [Tese de doutorado, Universidade de São Paulo]
- 2015 Os deuses, os homens e suas escolhas. Cosmologia, organização social, conflitos territoriais e outras histórias kaiowa. En: G. Chamorro e I. Combès, História dos povos indígenas no Mato Grosso do Sul. Dourados: UFGD (en prensa).